Vivir en la Smith House de Richard Meier

Luis de Orueta

Vivir en la Smith House de Richard Meier

Vivir en la Smith House de Richard Meier

© Luis de Orueta

Depósito legal M-17694-2021

ISBN 978-84-09-31130-9

La Imprenta CG, Paterna, Valencia.

Diseño y fotografías del autor

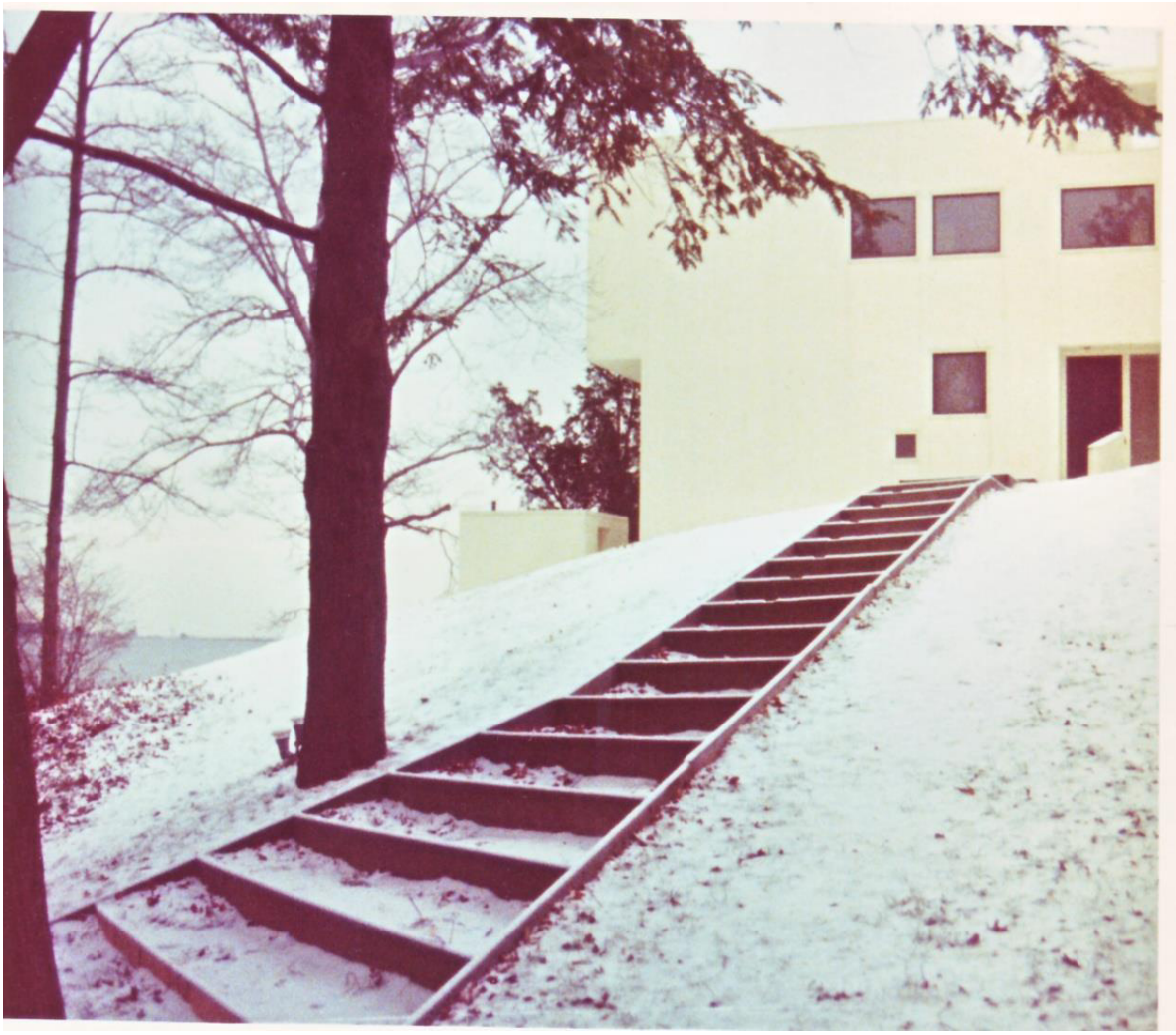
Madrid, 12 marzo 2010

Editado en 2021.

Luis de Orueta

Vivir en la Smith House de Richard Meier

Madrid 2010



En la Smith House se entra por la parte de atrás

Capítulo I

Serían las 8,45 de la tarde cuando sonó el teléfono de mi habitación en el *Holiday Inn* de Stamford, Connecticut. Pensé que se tratase de un error porque nadie sabía que yo vivía allí, a no ser los de la oficina y no iban a llamar a tales horas. No podía ser mi mujer, pues estaría durmiendo tranquilamente en su comuna de

Copenhague. Por un momento imaginé que fuese Bárbara, una de las jóvenes que servían café entre las mesas del desayuno, muy seria para contrarrestar el efecto de unas faldas estilo *cheerleader,* que llevaban todas por obligación.

No era Bárbara, sino una señora de bastante más edad a quien la empresa había encomendado que me ayudase a buscar casa. Empezó su trabajo con bastante ilusión, pero al cabo de varios días, su cara ya daba muestras de resignación y contrariedad. La primera mañana me preguntó cuántos hijos tenía y cuando vendría mi mujer, porque, decía, era importante contar con sus opiniones. Mis evasivas en esa vertiente de la conversación terminaban en largos silencios. Trabajaba para una agencia inmobiliaria, era bastante pequeñita y cuando se sentaba al volante del *station wagon* su cabeza apenas emergía entre los cristales.

Sobre el asiento de la derecha se apilaban y esparcían varios álbumes con fotos de casas, que apartaba para dejarme sitio. Antes de arrancar, tomaba algunos de ellos y me mostraba las imágenes para ahorrar tiempo y gasolina, anulando las descartadas por mí.

Eran todas demasiado grandes. Tenían garajes para varios coches de tamaño superlativo. Yo había intentado hablarle de cómo en Europa todo era más pequeño, los árboles, la fruta, las carreteras, las calles y desde luego, las casas y los coches. La información sobre países tan lejanos no le interesaba, por lo inútil.

Una tarde, a la salida de la oficina vi una casita que me gustó y apunté las señas para que me acompañase. Vino en su coche con otras ofertas y se negó a llevarme donde le pedía, sin decirme por qué. Ella tenía ideas muy fijas sobre ubicaciones adecuadas, que se limitaban a New Canaan, Wilton, Wesport y Darien. Su

preferida era Wilton porque en esa circunscripción aún se mantenía la ley seca, y no podía haber bares, ni comercios, ni hoteles ni nada que perturbase la tranquilidad de aquel espacio. Luego se inclinaba por Westport: allí vivían Paul Newman y otros actores y actrices famosos. "Y tienen un teatro rural precioso", añadía, para animarme. Yo le decía que todo eso estaba muy bien, pero que sólo quería una casa pequeña, si no era pedir demasiado. Disgustada por tantos esfuerzos en vano, había dejado de llamarme y yo me alegré porque iba camino de aceptar ya cualquiera para no seguir contrariándola.

El hotel Holiday Inn era bastante deprimente. Estaba construido entre dos autopistas y carecía de alicientes. Solo recuerdo que en sus pasillos alfombrados de rojo había dispensadores de hielo, que se agradecían al abrir los "minibares". En el aparcamiento del hotel yo tenía un coche comprado tal vez demasiado deprisa, y que ya no me gustaba porque también era demasiado grande. De vuelta del trabajo, en aquel hotel me sentía como descendido en paracaídas entre dos ciudades soñadas. Mi aspecto debía reflejar un aire abstraído y confuso que no debió pasar desapercibido a Bárbara cuando, un domingo, bajé a desayunar mas tarde de lo establecido. Mientras recogía de la mesa el vaso con algunos hielos, me preguntó si no me sentía bien. Yo sonreí para darle a entender que no me estaba muriendo y entonces ella me invitó a visitar a sus amigas y amigos.

Los amigos de Bárbara vivían en una casa magnífica, mejor que cualquiera de las que me había mostrado la señora de la inmobiliaria. Era una mansión blanca, de estilo colonial con ventanas pequeñas y abundantes, pintadas de verde y enmarcadas en persianas laterales siempre abiertas. Había sido morada de una

famosa fotógrafa, que yo desconocía. Dentro había fotografías por todas partes, unas colgadas en las paredes y las más, archivadas en armarios. En la casa convivían, además de Bárbara, unos diez o doce jóvenes de ambos sexos, despreocupados y condescendientes. Les extrañó que yo no hubiera oído hablar de la fotógrafa y me mostraron portadas de la revista "Life" firmadas por ella. Supe que se llamaba Margaret Bourke-White y que podía quedarme con las fotografías que más me gustasen, siempre que comprendiera que tenían mucho valor.

Estas minucias las cuento porque antes dije que pensaba que la llamada de aquella noche de 1971 podía venir de Bárbara, aunque fuese poco probable. Enseguida me desengañé: una voz conocida al otro lado del hilo me hablaba en estos términos: "Sr. Orueta, tengo la posibilidad de ofrecerle una casa bastante rara pero los dueños se van esta noche y tendría que venir a verla ahora, o no se sabe cuándo".

Yo estaba en pijama y sentía pereza, pero, intrigado, le contesté que en quince minutos me tendría esperándola a la puerta del hotel. Ya había anochecido cuando me llevó atravesando Stamford en dirección a Darien, alejándonos de la zona de oficinas. Dejamos de ver luces de autopistas y nos adentramos en un bosque por una carretera estrecha. A cada lado se veían urnas de correo situadas a media altura, pero no había ni un solo farol. Como la señora no hablaba, le pregunté por el precio del alquiler, a lo que me respondió que no lo sabía, pero que no sería un problema. Al doblar una esquina del camino percibí un letrero rústico y pequeño con el aviso *Contentment Island*, que me pareció un buen augurio en aquel invierno *de nuestro descontento.*

Llegamos a un puente de piedra, también bastante rural, ante el cual hacía guardia un coche de policía que nos paró. Ella aclaró

que íbamos a la "Smith House" y el cancerbero hizo un breve saludo de entendimiento. Más oscuridad, más buzones para cartas y más árboles a los lados.

El camino terminó de repente y los faros del coche iluminaban una pared blanca como una pantalla de cine donde solo se percibían pequeñas ventanas y una rampa lisa y lateral. Conducía a una puerta casi invisible y a la derecha blanqueaba un leve pasamanos y quita miedos. Todo bastante pequeño, como yo quería.

A un lado había una construcción sin ventanas en forma de cubo, también muy blanca. "Es el garaje" me dijo la señora. Nos bajamos y estuvimos los dos unos instantes mirando aquella pared que se había quedado oscurecida al apagarse las luces del coche. Cuando nos acercamos a la rampa, yo detrás de ella, la pared volvió a iluminarse, esta vez por unos focos situados en el jardín, en señal de que nuestra presencia había sido advertida.

"Sí que es algo rara", dije yo mientras esperábamos que se abriese la puerta. Y ya no lo volví a decir más. Segundos después me encontré como en medio de un escenario, con los ojos más abiertos de lo normal, los brazos caídos y las pupilas dilatadas por el exceso de luz. A mi alrededor columnas cilíndricas y blancas se elevaban para sostener un techo apenas entrevisto, como inexistente.

Fuera de la casa se distinguía una chimenea rectangular, que solo se unía al ventanal en busca del fogón, donde crepitaban unos leños encendidos. Aquella chimenea, que surgía del jardín, tan blanca, independiente y altiva, era como un personaje atávico, un

icono de los lares del lugar, bajo cuya presencia Mr. y Mrs. Smith parecían empequeñecidos.

Tenía él en la mano un vaso de whisky, vestía con *blaiser* azul y pantalones de franela. Su mujer llevaba pantalones iguales y grises y una chaqueta corta del mismo material. Enseguida supe que él llamaba Frederick y ella Carole. Me dijeron que esa misma noche se marchaban a Nueva York. Mr. Smith era dueño de una empresa de marketing. Sobre Carole, me enteré de que sobresalía como patinadora en pista de hielo.

La luminosidad del jardín entraba al salón por los enormes cristales, de forma que podíamos vernos unos a otros sin esfuerzo. Mr. Smith me animó a salir a pasear por una escalinata que partiendo del salón descendía en dos tramos contrapuestos, hasta rozar el césped. Al pisar el último escalón pude discernir la planta baja y tras los cristales un comedor para seis personas, con piso de madera y césped circundante rasando con el cristal

Salimos a un pequeño promontorio marcado por abetos a cada lado de la casa y frente a las aguas de Long Island Sound. A la izquierda había una cala muy protegida e iluminada entre dos roquedales. Su arena era muy fina y recuerdo que se me metió en el zapato. Se oía, muy ligeramente, el agua en la orilla. Al acomodarme para descalzarme y sacudir la arena volví la cabeza hacia la casa y la vi incandescente y fantástica, bien plantada en un pedestal y apuntando al cielo como un órgano blanco. Entre aquellas líneas ascendentes destacaba la chimenea, flanqueada por cristales sin juntas ni apoyos visibles.

En ese momento pensé que, aunque aquello escapase a mis posibilidades, merecía la pena haberlo visto tan de cerca, como quien visita un museo o unas cataratas. Volvimos a la casa como

quien accede al puente de mando de un yate. Una vez allí, quisieron saber qué me parecía y les dije que no había visto nada igual en toda mi vida. Preguntaron si eso quería decir que me gustaba, y me limité a extender la palma de la mano sobre mi cabeza.

La dama de las viviendas despertó de su letargo, muy sorprendida. Nos sentamos; yo el sofá blanco, y ellos en las butacas. La dama prefirió una banqueta con almohadón morado, cercana a la chimenea. Me dijeron que la casa era obra de un joven arquitecto cuyo nombre no retuve entonces. Como no parecían querer entrar en el tema del precio les dije que me temía que la *allowance* de mi empresa no iba a ser suficiente, si bien les estaba muy agradecido por su amabilidad. Recuerdo la pregunta de Mr. Smith "¿Cuánto le tiene asignado Xerox para su vivienda al mes?" "750 dólares" se apresuró a contestar la dama. Fred Smith asintió con la cabeza y mirando a la señora de la inmobiliaria le dijo que preparase todo y lo mandase a su dirección en Nueva York.

Entonces se volvió hacia su mujer en actitud de connivencia y, mirándome añadió: "Si quiere, se puede quedar ya aquí. Le dejo las llaves y nuestro teléfono en Nueva York, por si nos necesita, aunque la casa no tiene secretos". Respiré hondo, di un beso en la frente a la dama de las viviendas, y me senté en la butaca blanca, sin creerme lo que estaba pasando. Me temí que de repente aparecieran compañeros de la oficina festejando la broma. Pero pasaban los minutos y nada de eso ocurría. La señora de la inmobiliaria me preguntó a qué hora vendría a recogerme al día siguiente, para coger mis cosas en el Holiday Inn.

Los Smith subieron al piso que yo bautizaría después como *el de los palcos* y que ni siquiera me habían enseñado. Bajaron al

salón llevando una pequeña maleta. Antes de marcharse, dos advertencias, estilo Barba Azul, presentadas amablemente en forma de peticiones:

La más importante: que no cambiase muebles ni objetos. Estaban seguros de que yo comprendía que eran parte tan integrada al conjunto como las columnas. Dije que lo prometía.

La segunda petición tenía que ver con que el arquitecto contaba con poder mostrar la casa a futuros clientes, porque sólo con planos y maquetas le hacían demasiadas preguntas. Prometí también enseñar la casa con entusiasmo.

Para compensar estas restricciones, añadieron que, si yo quería, podía hacer uso de un velerito que se mecía en un pantalán de la playa. Era tan pequeño que aquella noche me había pasado desapercibido. Les di las gracias, más por cortesía que por verdadero interés. Salí a despedirlos en la puerta, y tras agitar levemente la mano, ayudé a que se cerrase y me quedé solo dentro.

Fue entonces cuando tomé conciencia del aroma que provenía de las paredes de madera y que siempre me recibiría al entrar, como un incienso de iglesia. Era algo envolvente y seductor, no demasiado fuerte pero imposible de ignorar. Sin duda tenía mucho que ver con la madera, pero también influía el olor de los cristales y el de los muebles.

Bajé al piso que se alineaba con el césped, dejé el comedor a un lado y me volví hacia la cocina, situada al interior. Era más pequeña comparada con otras que había visto en mi peregrinar. En una pared había un letrero resaltado por un marco dorado no más grande que una caja de puros. Me acerqué a leerlo:

SMITH HOUSE

Premio Nacional de Arquitectura 1968

Richard Meier

La nevera estaba vacía. En el bar del salón sí quedaban cosas. Me moví en busca de algún dormitorio. El principal estaba a nivel del salón, retranqueado hacia el muro trasero, con la cama orientada a un gran ventanal frente al mar. Un navegante con prismáticos potentes podría observar los movimientos del interior, sobre todo de noche. Tardé un poco en dormirme y recuerdo que me despertó un rayo de sol que decidió posarse en mi nariz.

Despertarse en la Smith House era si uno amaneciera en otro planeta: sitios como aquel hay muchos en el mundo; en cambio, casas como aquella, en 1971, no había ninguna.

Aviones en dirección al aeropuerto de Kennedy iniciaban su trayectoria descendente desde el ángulo izquierdo y más alto de la cristalera, se ocultaban brevemente tras la chimenea y continuaban bajando hasta desaparecer detrás de un abeto. Bajé la vista hacia la playita, donde efectivamente, había un velero, que, al percibir mi presencia debió imaginar una larga hibernación.

Sonó la bocina del *station-wagon* de la dama de las viviendas quien entró sonriente y haciéndome recordar que mi cepillo de dientes seguía en el Holiday Inn y que en la cocina no había café.

De día, la Isla del Contentamiento era todo menos tenebrosa, si bien los árboles seguían no dejando ver el bosque. Solo los

apellidos de los habitantes, pegados a los buzones de correo en forma de urnas, traicionaban levemente su intimidad.

Llegué algo tarde a la oficina. El edificio, que antes me parecía potente y armonioso, ahora se presentaba encogido y casi ridículo. Ya en el despacho, me dispuse a retomar el trabajo de días anteriores, sin lograr la concentración habitual. La imagen de la casa de Tokeneke, en Darien, se infiltraba en mi cerebro una y otra vez. Las hojas de los árboles que se veían por la ventana no hacían más que recordarme el sitio donde había dormido la noche anterior.

Me levanté a estirar las piernas y salí a pasear un poco por el pasillo enmoquetado. Aquel movimiento hizo levantar la cabeza a mi secretaria. *Everything alright Mr. Orueta?*

You see, Thérèse, I think I am in love… Thérèse frunció el ceño. Y yo, elevando las palmas de las manos hacia el techo, aclaré: *In love…with a house.*

Los gansos también habían elegido el mismo sitio

Capítulo II

Como todas las tardes a las cinco, el edificio de las oficinas se quedó sin gente. Yo fui de los últimos en salir para evitar que a Thérèse le hiciera gracia mi impaciencia por volver a la casa. Los coches abandonaban ordenadamente el aparcamiento, situado en la explanada exterior frente al edificio. Allí me esperaba el *Chevy Montecarlo* al que reconocí con ojos críticos y lo encaminé hacia

la puerta del Holiday Inn con el fin de recoger mi maleta, que había quedado en consigna.

De nuevo en el coche, repase la lista de compras que había pergeñado en el despacho: café, leche, huevos, pan, mantequilla, vino, sándwiches… En el Ridge Center me entretuve seleccionando y cambiando de opinión como quien trata de elegir un regalo. Era como si en aquella casa viviésemos dos.

Cuando llegué al puente de *Contentment Island,* ya estaba anochecido. A un lado del camino volví a distinguir el coche del policía. Salió y me paró con un gesto. Ni Smith ni la dama de las viviendas habían dado a conocer a los vigilantes el improbable suceso de mi incorporación a la Isla. Tampoco el *Chevy* Montecarlo ayudaba mucho. En la *Isla del Contentamiento* se podía ser dueño de cualquier clase de automóvil siempre que fuese un Volvo y mejor si era del tipo familiar.

Ante la falta de credenciales, el agente (que no era agente, sino vigilante de una compañía de seguridad) se mostraba irresoluto. Por fin le vino una idea: que lo acompañase a la estación de policía, donde decía que todo quedaría resuelto. A su sugerencia respondí con una contraoferta: que me acompañase a la Smith House, donde podría comprobar: 1) que tenía la llave de la casa; 2) que podía hablar con Mr. Smith por teléfono y 3) que le invitaba a una copa.

Minutos después ambos coches quedaron aparcados frente al muro trasero de la casa. Subimos por la misma rampa que la noche anterior. Aquella escena distaba de ser la entrada nupcial con Lene que hubiera deseado, pero acepté la situación, decidido a aclarar mi derecho a vivir allí. Hechas las comprobaciones pertinentes, el

policía no quiso aceptar el whisky que le ofrecí, tampoco pareció gustarle la casa, y se volvió rápido a su sitio junto al puente,

Aliviado, bajé a la cocina con la bolsa de cartulina marrón, esa que por sí sola define una película americana, y la deposité en la barra. Como los curas abren la puerta de un sagrario, así abrí yo la vacía nevera y fui depositando los víveres con mucho cuidado.

Luego subí al piso de los palcos, por primera vez. Lo llamaba así porque era solo medio piso, desde la cual se podía ver, abajo, el salón como si fuera un patio de butacas y la chimenea el escenario, como protagonista. Detrás de aquella balaustrada había tres dormitorios acogedores como los palcos de un teatro.

Tras un suspiro resignado, pensando en mis hijos, descendí hacía el dormitorio principal, donde había descansado ya una noche. La amplitud de los armarios evidenciaba lo exiguo de mis pertenencias. Yo casi no tenía nada. Solo dos o tres trajes, que resultaban muy europeos en la oficina, porque entonces en España los sastres aún no cobraban precios prohibitivos. Aquellas pocas prendas quedaron colgadas y la posesión simbólica quedó consumada.

Luego creí llegado el momento de encender la chimenea que parecía estar esperando a ver la maña que se daba el oficiante novicio. Entre las cenizas aún quedaba rescoldos encendidos. No había necesidad de recalentar el tiro y la leña empezó a arder obediente y fatua, preludiando ocasiones repetidas en el futuro.

Sentado en el sofá, me quedé mirando un objeto hipnótico, de aire africano, sin duda ocurrencia de Meier y por lo tanto intocable. Al cabo empecé a cansarme de la contemplar aquel ídolo translúcido y me levanté para probar las teclas que

controlaban la iluminación. Como aprendiz de brujo, fui observando que las variaciones escénicas, que desde el mar debieron causar sorpresa a más de un navegante aburrido. Descendí a la playa y me puse a mirar de cerca el pequeño barco, cuya mera presencia me causaba una molesta sensación de incompatibilidad.

Subí los veintitrés escalones hasta el cobertizo y entré en la casa que ya olía también a chimenea de leña. Pronto estuve sentado otra vez en el sofá blanco, ese sofá y butacas que luego se han cambiado. Los originales eran de tela fuerte como de saco. Tampoco la mesa de tresillo se ha conservado. La que yo vi era de cristal y estaba sobre una alfombra roja oriental, tal vez aportada por Carole Smith, contraviniendo las advertencias de Barba Azul.

Sobre aquella mesa situé una bandeja con los sándwiches y la botella de vino recién abierta y me dispuse a ingerir mi primera cena en la Smith House.

Serían ya las cinco de la mañana cuando me desperté en el mismo sitio. Los sándwiches habían desaparecido y la botella estaba medio vacía. En una esquina de la mesa de cristal había una revista de modas. Posiblemente fuese Vogue. Antes de quitarla de allí se me ocurrió hojearla un poco. En las páginas interiores se presentaban varios conjuntos colgados en perchas vivientes y femeninas. La mesa de una de las fotos era de cristal y debajo del cristal había una alfombra idéntica a la que yo tenía bajo mis zapatos. En el resto de las páginas, entre columnas y nubes, pude distinguir el negro oráculo de Meier, vigilando desde el borde superior de la chimenea.

Guardé la revista, recogí la bandeja, me quedé absorto mirando cómo el sol se elevaba sobre las aguas de la ensenada de

Long Island. Finalmente, volví al dormitorio, un dormitorio que estaba molesto conmigo por haber preferido el sofá. Pedí disculpas y me escurrí a al cuarto de baño contiguo que no tenía nada de qué quejarse.

Barbara Miller con las botas birladas a una compañía de seguros

Capítulo III

En contra de lo que yo hubiese creído, la Smith House no gustaba demasiado a los compatriotas de Richard Meier. Para empezar, nadie sabía quién era Richard Meier. Para seguir, todos tenían mujer e hijos, varios coches, algunos también motos, perros, mesas de billar, piscinas, barbacoas y demás acompañamientos que contrastaban con la austeridad conventual de la casa Smith. Mis visitantes no se imaginaban viviendo allí.

Yo tampoco se lo hubiera recomendado. Aquel descubrimiento lo fue también de algunas diferencias entre ellos y yo, que la casa no había hecho más que evidenciar.

Una de las observaciones que no fallaban era la imaginada dificultad de limpiar los enormes cristales; otra: que no había posibilidad de intimidad, al estar todo tan abierto y transparente. A la primera crítica respondía con mostrar que los cristales estaban perfectamente limpios y asegurar que yo no hacía nada por limpiarlos después de la lluvia o la nieve. A la segunda, que, en los países nórdicos de Europa, la intimidad era menos importante que la luz del sol.

La falta de entusiasmo sobre la casa de Meier solía venir compensada con expresiones de admiración sobre el entorno y la panorámica vista que se abarcaba.

La bienaventuranza de la playa dio pié a un comentario mío sobre cómo las *water-front properties* eran algo que los españoles sabíamos existía en otros países, como el divorcio y la poligamia, pero que en la España de entonces eran ilegales. Aquella observación impertinente era como decir a un sultán que con una mujer bastaba. No tardé en comprender que estos temas carecían de interés y dejé lo de las *water front* y el divorcio en paz.

No todos mis invitados eran insensibles a la estética de la Casa Smith. Don (Donald) y Joyce Pendery, Bob y Lynn James, Michael Kaufmann, John y Wendy Duerden y hasta los mismos Elmer y Susan Humes reconocían la belleza en sus líneas.

En compensación, traté de ver con buenos ojos sus viviendas, pero me había vuelto muy exigente y me parecían desprovistas de alma. Recuerdo favorablemente la de Jack y Liz Thomas, unos ingleses muy cordiales que habían alquilado una

bella residencia en Westport, que pertenecía a Bette Davis. Westport era una localidad favorecida por judíos brillantes en su profesión, que la preferían a vivir en Nueva York, sin irse demasiado lejos.

Curiosamente, de todos los visitantes que he citado, sólo Michael Kaufmann era judío. Los Kaufmann denotaban sensibilidad para las cosas que me interesaban y la conversación con ellos o ellas era fácil y podía durar horas.

También Bárbara era judía. Antes de que invitarla a ver la Smith House cavilaba yo sobre cómo sería su reacción. Una tarde, después de las cinco, me fui a la casona de la fotógrafa Margaret Bourke-White llevando conmigo el ejemplar de la revista Vogue. A los proscritos, como llamaba yo a los amigos de Bárbara, les gustó el reportaje y prometieron venir. No sé qué extrañas consignas tenían entre ellos, pero al final no vino ninguno.

La que vino fue Bárbara, siempre sonriente y positiva, y lo suficientemente entusiasta para admirar el estupendo juguete que es como ella definía la casa. No dejó esquina sin ver y comentar. ¿Por qué no pones las fotos de Margaret? me preguntó, apuntando con el dedo a tanta pared blanca disponible. No quise confiarle el voto de no cambiar nada, para no perder puntos en su estimación, aún favorable por falta de tiempo. Así que decidí excusarme alegando que aún no había recibido los marcos.

Con la nariz casi pegada en una de las cristaleras frontales, Bárbara notó la presencia balanceante del velerito. Se volvió para decirme que la próxima vez querría dar una vuelta navegando al otro lado de la costa para visitar conmigo a una tía suya que vivía

en Long Island. Le contesté que eso estaba hecho y no se habló más del tema.

Bárbara se manejaba por la vida sin titubeos. Todo le parecía bien. Todo, menos las compañías de seguros. En su corazón no había ningún rinconcito que se apiadase de ellas. "Voy a cambiar de coche" -me dijo una vez- "porque éste tiene demasiadas averías". Pidió que la siguiese en el mío, alegando que el nuevo aún no estaría listo. Entramos en una zona más boscosa de lo normal, paró su coche y allí lo dejó tirado en el arcén. No quise preguntarle qué había pasado, se metió en el mío y volvimos a su casa con los proscritos de New Canaan.

Otro día fuimos congregados para salir a comprar zapatos. Yo intenté zafarme, pero me introdujeron casi a empujones en uno de los coches, donde reinaba mayor alegría que de costumbre. Tras un breve recorrido, la caravana aparcó en la plaza de un centro comercial. Los proscritos adoptaron aires de tranquilidad y parsimonia y se dirigieron a un establecimiento bastante amplio, o sea gigantesco, donde solo se veían zapatos y gente comprando zapatos.

No eran muy interesantes. En aquel país y en aquellos tiempos, los zapatos eran tenidos como instrumentos útiles para proteger los pies de los elementos y de las rozaduras del camino. Aún así debieron parecer dignos de estudio a los proscritos puesto que dedicaron tiempo a probarse varios pares y a reclamar opiniones reconfortantes. Bárbara no comprendía por qué yo no me interesaba por ninguno de los que se ofrecían en larguísimas estanterías. Ella tomó tres o cuatro cajas y las dejó en una esquina en espera del toque de retreta. Cuando el grupo se recompuso observé que los proscritos se marchaban sin pagar y saludando a las cajeras. Me ofrecí a ayudar a Bárbara con alguna de sus cajas y

no quiso. Me dijo que era tonto por desdeñar una ocasión semejante.

Los zapatos eran gratis. Y lo eran por el motivo que más podía alegrar a Bárbara. Quedaban muy pocos días para el vencimiento de la póliza del seguro contra robos del establecimiento y la franquicia de robos admitidos ese año estaba lejos de haber sido cubierta. El almacén creyó oportuno hacer la vista gorda mientras los proscritos terminaban de completar los robos pendientes. Bárbara pidió que me esperasen mientras me agenciaba, apresuradamente, un par de botas de vaquero color azul.

En otra varilla del abanico de personas que visitaron la casa Smith entonces, destacan los nombres de Don Pendery y de Joyce, su mujer, que era catedrática de Historia. Don era el vicepresidente más culto y también el más discreto, amable y menos escuchado de los que rodeaban a Archibaldo, el mandamás de la Compañía. Habría que añadir que Don era mi jefe.

Muchos habrán podido observar el cuidado con que los jefes de las grandes empresas estadounidenses tratan a sus colaboradores. Al igual que sus casas, carecen de vallas o defensas; recuerdan los nombres de esposas e hijos, felicitan en efemérides familiares y se interesan en sus problemas de un modo que en Europa imitamos sin suficiente convicción. Don era un excelente ejemplo de esa virtud. Procedía de IBM, una empresa cuyo prestigio dio lugar a varios fichajes que evidenciaban la admiración de Xerox.

Don y yo compartíamos opiniones sobre el futuro de la compañía. Trataba él de corregir mi tendencia a dejar las

conclusiones para el final, como en las sentencias de los jueces. Lo achacaba a mi formación escolástica y me hacía ver que la comunicación en las empresas se regía por las normas del periodismo. Primero los titulares, luego un pequeño resumen, seguido del detalle en letra pequeña para los muy interesados. No había tiempo para más.

Yo puse como ejemplo de lo contrario una experiencia en esa misma empresa, que había cambiado mi vida. Le conté que Luis González Camino y yo fuimos prácticamente secuestrados y metidos en un avión de Madrid a Londres, para exponer nuestros argumentos sobre la ridiculez de los objetivos que Rank Xerox. Era una larga prueba y los razonamientos, mutatis mutandis, valían para todos los países, sin excluir Gran Bretaña. Hablamos ante el Consejo de Administración durante casi dos horas, contestamos a las preguntas y el anciano presidente Thomas Law nos felicitó al terminar.

Casi de inmediato, Luis G.C. fue llamado para dirigir la fuerza de ventas en toda Europa, cual duque de Alba comercial, que aterrorizaba a sus huestes más con la mirada que con su implacable disciplina. Y en consecuencia también, yo me vi destinado a Londres para un cargo que luego explicaré. A este infantil argumento, Don respondió que de no haberse producido antes un mensaje simple, interesante y autorizado del presidente de la compañía española, nadie nos habría escuchado.

Estuve varias veces invitado en casa de los Pendery. Conocían bien Europa y sentían especial interés por Italia, y dentro de Italia, por Florencia. A veces, con los años, se me ha ocurrido que la Humanidad podría dividirse en dos grupos: los que piensan que Florencia es el mejor lugar del mundo y aquellos a los que la existencia de Florencia pasa más o menos desapercibida.

Don leía bastante bien los pensamientos. La primera vez que fui a cenar a su casa se interesaron por mi modo de vida en la Smith House. Ellos me habían conocido en circunstancias distintas y al despedirse me aseguraron que la casa gustaría a mis hijos, cuando viniesen. “Sure” respondí. Sonrieron comprensivamente y me dieron la mano ya en la puerta.

Han pasado muchos años. Este librito no habría tenido un hilo conductor sin la deriva que conduce y termina con la misteriosa desaparición Donald Pendery en el último capítulo.

La tentación de salir a navegar se hizo irresistible

Capítulo IV

No fue el miedo a una segunda sugerencia de cruzar al otro lado de Long Island para ir a ver a la tía de Bárbara, ni tampoco el bamboleo displicente del pequeño velero. Esas razones contribuyeron a la decisión, pero no eran la causa principal. Fue el deseo de ver la casa desde el mar lo que me movió a elegir una tarde de domingo, en que las aguas estaban tranquilas y corría una

brisa muy ligera, como momento de intentar my primera salida en barco.

En una de las pocas veces que me dio por entrar en el garaje, yo había advertido un tubo fino olvidado en una esquina, como el arpa de Bécquer, y rodeado de una especie de funda de plástico, que muy bien podría ser tenida por una vela. Muy cerca, también pegado a la pared, se veía un pequeño motor de embarcación, que pesaba más de lo que aparentaba.

La mañana de aquel día había bajado a inspeccionar el velero y pude comprobar que, en lo que podríamos llamar su ombligo, disponía de un encaje muy propio para colocar el tubo del garaje, y junto con él: la vela. Luego observé que en la popa se podía colgar fácilmente el pequeño motor, así que todo estaba listo para la prueba.

Un velero pequeño, al igual que una bicicleta, ofrece una apariencia engañosa de simplicidad e inocencia, al menos para quienes piensen que es posible empezar a desplazarse subido en ellos, sin arrostrar dos o tres sobresaltos, como mínimo.

Ajeno a estas consideraciones, hice el camino del garaje a la playa un par de veces y, ya con todo dispuesto en el pantalán, inserté el tubo aquel en su receptáculo, quedando inmediatamente convertido en el palo mayor, si bien pequeño, del barco. Desde lo alto del mismo colgaban dos cables a modo de tirabuzones, que fueron prontamente fijados a ambos costados. Luego fue el turno del motor que coloqué desde el agua en la popa, sin dificultad.

Sentado en el banquillo, estuve unos minutos considerando si verdaderamente había llegado el instante de soltar las amarras o cabía pensarlo un poco más. Noté que si me inclinaba a la derecha el palo mayor se inclinaba también a la derecha y que si lo hacía a

la izquierda la respuesta era la que cabía esperar. Animado por la docilidad de la montura, solté las ligaduras que nos unían a tierra y procuré desenrollar del todo la vela, cosa que ocurrió sin mi ayuda, dejando un cabo visible en un extremo. El poco viento que había apartó la vela un lado, cayó el cabo al agua y me costó alguna pirueta recuperarlo. Una vez que lo tuve en mi mano derecha, teniendo en la otra la caña, el barco empezó a separarse del embarcadero. Sentí algo parecido a la primera vez que monté en burro, sobre todo al comprobar que si movía la caña a la izquierda el barco se iba a la derecha; y viceversa. No parecía razonable sino una reacción maleducada del velero, pues no me cabe duda de que los seres inanimados son capaces de cosas así.

Otro comportamiento engañoso era que el cabo de la vela actuaba al revés de cómo hubiera sido de esperar. Si tirabas de él, para frenar la montura, su reacción era ir más deprisa y si dabas suelta a la rienda, se paraba. Bueno era saberlo y recordarlo en lo sucesivo.

Embarcación y tripulante, estrechamente unidos, conseguimos alejarnos de la playa unos doscientos metros, momento en que me dispuse a volver la cabeza para ver, por fin, la Smith House desde el mar.

Allí estaba, un poco más pequeña, e indiferente a mis maniobras. Al salir de la zona más protegida del viento, de pronto, sin saberse por qué, el barco dio un vuelco y se quedó tumbado, flotando. Fue como la vez que me tiró un caballo en Segovia, sin motivo alguno para ello. Lo peor no era que el agua estuviese más o menos fría, sino que el pequeño motor había desaparecido.

Volví nadando hasta la playa para discurrir, en seco, la manera de recuperar el barco. Mi primera idea fue ir a comprar un ancla para que no se fuese más lejos. Esta idea tenía el inconveniente de no saber dónde podía encontrar una tienda de anclas. Más sencillo sería comprar un rollo de cuerda bien largo y acercarlo, nadando. Si no bastaba con uno, compraría dos y los ataría.

Eso hice. Salí con el coche al centro comercial de Ridgeway y encontré lo que quería. Tardaría en volver a la casa una media hora. Cuando llegué al punto donde empiezan los escalones de bajada a la playa, vi que el barco estaba tan tranquilo en el embarcadero. Junto a él brillaban los cromados de una lancha que evidentemente era de la Policía. Dos agentes estaban pisando ya la arena y al verme arriba, movieron las manos saludando.

Desde aquel día en que los policías y yo intercambiamos palabras muy corteses, mis aguas territoriales fueron objeto de una vigilancia asidua, lo que me producía sentimientos encontrados: de tranquilidad por un lado y de víctima de intromisión por otro.

En la jornada del naufragio lo importante era que el barco había quedado a salvo y que la actitud de los salvadores no pudo ser más correcta y atenta. Fui aprendiendo que en el mar nadie hace de menos a nadie. No es correcto, es poco marinero, porque en el mar hasta el más experimentado comete errores cuando menos imagina.

Aquella tarde, sin embargo, mis pensamientos iban por otros senderos. A pesar de haber salido relativamente bien librado me sentí invadido por una melancolía que no podía atribuirse solamente al hecho de tener que comprar un motor nuevo. Lo que me pasaba era que una ilusión, incipiente y minúscula, se había

desvanecido. Una puerta, pequeña, pero abierta a un espacio inabarcable, se había cerrado de repente. La casa Smith se había quedado como encogida y el vuelo de los gansos casi me producía irritación.

Bajé a recoger los aparejos del barco; desmonté el palo y enrollé la vela, atándola cuidadosamente con el cabo, que le salía en forma de rabo. Todo debía volver al garaje.

Entonces me detuve a pensar un poco en el garaje.

Desde el principio mi actitud con respecto al garaje había sido bastante desconsiderada. Yo dejaba el coche fuera, sin molestarme en hacer uso del espacio protegido. Aquel garaje no podía tener una buena opinión de mí, porque yo no la tenía de él. Al estar tan separado de la casa y tan falto de gracia, atribuí su existencia a una petición extemporánea de sus dueños, posiblemente de Carole. Al lado de la Smith House jugaba un papel prescindible, un *after-thought* que lo asimilaba a un ente adoptado, por cuyas venas no corría la misma sangre que la de sus progenitores.

Noté que había perdido su aire enfurruñado y que mi fracasada navegación y naufragio subsiguiente le causaban risa, fruto de una gran alegría. Al menos habían servido para eso. Con el palo y vela bajo el brazo y frente a la puerta me detuve un instante. “No eres feo” le dije, antes de abrir. “Siento no haberte usado más” añadí. Por el portón subido entró luz de afuera, pero, como no había bastante, encendí la de dentro. Miré al rincón donde había estado el mástil y lo volví a colocar en la misma posición.

Cuando me disponía a salir, algo me llamó la atención sobremanera. Algo que estaba apoyado en otra de las paredes, algo que tenía forma de ala o aleta, del tamaño de un perro grande, pero muy liso y afilado. Todo lo cual no hubiera tenido mayor interés en circunstancias normales, sino hubiera sido por su color. Aquello tenía el mismo, idéntico, inconfundible color rojo del barco.

Aquello era una quilla.

La Smith House al amanecer

Capítulo V

La casa de los Smith fue de las primeras que construyó Richard Meier. Es de 1969. Yo viví en ella en 1971 y la mayor parte de 1972. Tenía 36 años, dos menos que Richard Meier.

Los principios de la carrera de Meier como arquitecto no fueron fáciles. A falta de clientes, empezó haciendo una casa para sus padres. Al terminar sus estudios estuvo en Europa y se quedó impresionado por el arte de Le Corbusier, de Alvar Alto y Walter

Gropius. Si hubiera que resumir en un edificio concreto la influencia europea en la obra de Meier, elegiría la casa con que Le Corbusier participó en el concurso de arquitectura que se celebró en Stuttgart en 1929.

Pero, como dicen algunos, el plagio se perdona cuando el robo va seguido de asesinato, y la Smith House desarrolla esa rama del árbol de Le Corbusier más allá de la intención del suizo. Cuando volvió de su viaje, Meier estableció su estudio de arquitectos en Nueva York, con la ilusión, egoísmo (e ingenuidad) de los grandes creadores. Sus primeros clientes eran amigos que "se dejaban" construir casas de temporada y bajo presupuesto. Aún así, después de poner toda su pasión en un proyecto podía ocurrir que el amigo se echaba atrás y del proyecto no quedaba más que la maqueta, que muy bien podía ser confundida con una escultura.

Y ya ha salido a relucir la palabra escultura, algo inevitable al comentar la obra de Richard Meier. Quienes hemos vivido en alguna de sus casas, cuando se nos pregunta qué se siente, coincidimos en decir que es como "vivir en una escultura". Lo cual no remite a una sensación de claustrofobia. Todo lo contrario. Habría que entender por escultura un modo de limitar la materia de forma que su visión, desde cualquier ángulo y bajo cualquier luz, produzca una sensación agradable y ennoblecedora; independiente del uso práctico que el objeto pudiera tener. En este contexto, las casas de Richard Meier seguirían siendo bellas, aunque no fueran casas.

Una variante de esta explicación es la que atribuye su encanto a cómo las imágenes del exterior se hacen presentes a través de espacios abiertos y grandes ventanales, de forma que el objeto nunca es el mismo, porque el paisaje cambia continuamente

durante el día y aún durante la noche. Sus habitantes suelen decir que: "pasan los años y no pasa la ilusión del primer día, porque la casa nunca es hoy la misma que era ayer".

En un plano menos literario y algo más técnico, algunos estudiosos hablan de la "utilización de la luz" como factor primordial en la arquitectura de Meier. Cada esquina, cada pared, cada ángulo, emite distintas señales de luz, penumbra o sombras, en respuesta a la que llega o deja de llegar de los astros. Según esta interpretación, es la luz y no el paisaje, lo que da esa cualidad especial a las construcciones.

No en todos los entornos caía bien la singularidad de las casas de Richard Meier. La blancura ofendía a los defensores de la Naturaleza. Y "la blancura" no era el único problema. Los techos lisos y los grandes espacios acristalados chocaban con la mentalidad conservadora de los propietarios de casas suburbanas. De forma que, aunque había interesados dispuestos a comprar y construir, luego resultaba que no podían llevar a cabo su propósito por la oposición de los vecinos de la zona residencial. Una casa de Meier resaltaba demasiado y no armonizaba con el estilo y la cadencia de las demás viviendas, ocasionando una pérdida patrimonial al conjunto y alterando la naturaleza del paisaje.

La vivienda de los Smith, al estar en un *cul de sac,* en el extremo de *Contentment Island* pudo librarse del escrutinio vecinal. Los Smith habían pensado en una sola planta, como casi todos los que se atrevían con una casa "contemporánea", pero Richard Meier encontró una excusa para proponer tres plantas, diciéndoles que, al ser el terreno rocoso, se ahorrarían mucho dinero reduciendo los cimientos.

Richard Meier era entonces un arquitecto-escultor. Yo asistí a una exposición de sus esculturas en Nueva York aquel año de 1971. No eran entonces esas oscuras madejas metálicas en forma de estropajos que vendrían después. Las que vi en Nueva York eran como sus casas, pero reducidas a la mínima expresión. De manera que se podría decir que eran como semillas. En cambio, las posteriores destacaban en el recinto de las casas, porque se complementaban. De aquella manera, el *Espíritu de la Contradicción* encontraba cobijo en medio de la blancura y verticalidad de Meier. No cabía contraste mayor.

Los escultores tienden a hacer obras verticales, tal vez por instinto vital, si aceptamos que la horizontalidad se relaciona con el sueño o la muerte. Las primeras casas de Meier miraban hacia arriba. Luego, la limitación de los deseos de sus clientes hizo que renunciase a esa aspiración y sus casas se desparramaron en el espacio.

Las primeras casas de Meier son un pequeño grupo de cinco que lo forman la Smith House, la Hoffman House, la Saltzman House, la Douglas House y la Shamberg House. La mejor de todas es, naturalmente, la Smith House, pero las otras cuatro son hermanas suyas y merecen que aquí se hable de ellas.

Empezando por la Hoffman House. Yo la llamaría "la casa de Euclides", también "la apoteosis del Triángulo". Fueron valientes Anita y David Hoffman, en prestarse a que Meier les convenciera de olvidarse de la prefabricada que habían imaginado para una pequeña parcela de East Hampton en Nueva York. En el plazo de unos meses, según lo prometido, Richard Meier hizo realidad un "ejercicio de artista" a base de geometrías profusas en ángulos agudos, rectos y obtusos. La textura de la casa es similar a la de Smith, blanca, y de madera, pero los espacios acristalados

son menos abundantes y el espíritu "marino" está ausente. Ello se debe a que los Hoffman tenían niños pequeños y todo lo que pudiera suponer un peligro de caída debía ser evitado. En la actualidad esta casa ha perdido interés. Alguien, que no Richard Meier, ha recubierto las paredes con planchas grises, aquí y allá. A algún lado le han crecido añadidos para acomodar las conveniencias de los Hoffman.

Paso a la Saltzman House. Aquí el diseño central va acompañado de una excrecencia o ameba, unida al núcleo por un largo pasadizo. Es el comienzo de la horizontalidad. Y se debe a una razón tan simple como que los Saltzman eran abuelos. A fin de compatibilizar las agradables visitas de hijos y nietos con la paz y tranquilidad necesarias a esa edad, Meier ideó esta especie de retiro, que podía ser utilizado a discreción, como resguardo de las alegrías y juegos infantiles, tan encantadores siempre que conserven la cualidad de prescindibles. Esta casa se distingue por sus amplias superficies curvas reminiscentes de la villa Savoye de Le Corbusier. La chimenea está en el interior. Y a diferencia de la Hoffman House en ésta se palpa el encanto marino, tan propio de las casas de Meier.

Pero de todas las casas de autor, la que más recuerda a la Smith House es la Douglas House. Los Douglas vieron la casa Smith y quisieron tener una igual. Comprensiblemente, Meier no quiso repetir. El lugar donde había que construirla era una urbanización en la ciudad de Grand Rapids, rodeada por el lago Michigan. Tenían ya la parcela comprada y sólo faltaba que la comunidad de propietarios diera el visto bueno al proyecto de Meier. Pero no fue aceptado. Los Douglas consiguieron recuperar una parte del dinero invertido y compraron un pequeño trozo de

bosque con vistas al lago. Parecía imposible construir nada allí, por lo inclinado de la pendiente, pero la dificultad actuó como acicate a la inspiración de Meier, que produjo una segunda obra maestra.

La Douglas House es como una Smith House que se viniera abajo en forma de cascada en un entorno de bosque apretado y mirando a las aguas del lago Michigan. Es también una construcción vertical, a la que se accede por la planta más alta, por una entrada simple y austera. El sentimiento de bienestar se propaga al descender a las plantas inferiores en un ambiente que los Douglas reconocían como el de la Smith House. Los mismos elementos, las mismas columnas cilíndricas, grandes ventanales acristalados, el paisaje metiéndose dentro de casa, todo verdor, el azul del agua enfrente, la luz cambiante, las escaleras inspiradas en la cubierta de los trasatlánticos … no faltaba nada. Posiblemente los Douglas fueran los clientes más candorosos y felices del joven arquitecto.

Y voy con la Shamberg House. Es una hermana menor de la Smith House. Es la más pequeña y tienen en común el que se entra desde una especie de promontorio a media altura. Carece de chimenea y abundan los elementos náuticos, pese a que no hay agua a la vista. Está adosada a una vivienda anterior que es oscura y queda aún más oscurecida por la prestancia de la nueva.

Una vicisitud común de las casas de Meier es que, en algún momento su conservación, han sido descuidadas por sus propietarios. La pintura que recubría el ladrillo de la chimenea de la Smith House empezó a cuartearse, dejando al descubierto las juntas y rompiendo la ilusión de unidad con el resto de la construcción. La Douglas Home estuvo totalmente abandonada

varios años hasta que un nuevo dueño decidió restaurarla a su antiguo esplendor.

A los desperfectos del paso del tiempo, siempre corregibles, se añaden las remodelaciones, que tienen mal arreglo. También la Smith House ha sufrido con la edad formaciones adiposas en un costado, que pese a haber sido rubricadas por Richard Meier, no tienen otra excusa que probar la amistad del arquitecto con sus antiguos benefactores.

Dos ejemplos de "casas-clientes" serían la Old Westbury House y la Aekberg House. La segunda representó para Meier su consagración entre los millonarios de la costa Oeste. En un terreno despejado frente la playa de Malibú, esta *waterfront property* ya no tiene la austeridad y pureza de la Smith House. La sensación que se adivina en el interior es la de estar navegando en un costoso yate, en paralelo a la costa.

En cuanto a la Old Westbury, baste apuntar que consta de diez y seis dormitorios y todo lo demás se ajusta a esa proporción. Una parte de la vivienda está destinada al personal de servicio. Vista desde fuera podría ser un edificio público o unas oficinas privilegiadas. Para Meier esta residencia representa el punto de partida de otro tipo de cliente: el de las grandes multinacionales o los ayuntamientos de metrópolis importantes como Milán, Florencia, Barcelona, Frankfurt, Berlín y Nueva York.

La firma Meier y Partners siguió aceptando pedidos de clientes particulares, pero la sencillez de la época inicial fue evolucionando. El color blanco dejó de ser omnipresente, las zonas acristaladas divididas en rectángulos cada vez menores;

apareció el aluminio y las maderas exóticas. Las formas se ampliaron y multiplicaron en sentido horizontal.

En la actualidad, una de las ocupaciones del despacho Meier & Partners consiste en dar (o denegar) certificados de autenticidad a pretendidas "Meier houses" después de un largo proceso que los dueños emprenden para asegurar la cotización de sus viviendas. Richard Meier ya casi tiene ochenta años y es merecedor de un bien ganado descanso, honores, paz y tranquilidad. La armonización entre lo bello y lo útil puede quedar para charlas y conferencias.

He dejado para el final de este capítulo la historia de la Maidman House, porque creo que ejemplifica la superación del eterno conflicto entre el Autor y el Cliente.

En 1970, los Maidman vieron desde el mar la Smith House y se quedaron prendados de ella. El matrimonio era propietario de una casa en Sand Points, otro lugar de la costa de Long Island, más cerca de Nueva York, muy parecido al de Contentment Island, aunque menos romántico. Los Maidman averiguaron quien era el arquitecto de la Smith House y se presentaron en las oficinas de Richard Meier para pedirle que les construyese una casa como la de Contentment Island en su extensa parcela.

Acudió Meier a ver el sitio. Era casi tan ideal como el de los Smith…y desde un punto de vista comercial, tenía la ventaja de ser más visible por su cercanía a Manhattan. Pero la casa de los Maidman le pareció horrorosa. Una vez dentro de ella y hablando con los dueños, estuvieron de acuerdo en eliminarla. Todo parecía ir bien hasta que se enteró Dagny, la pequeña hija de los Maidman. Los adultos minusvaloramos el afecto que los niños sienten por las cosas y los animales. Dagny no paraba de llorar. Los Maidman

pidieron a Meier que aceptase construir la nueva sin derribar la vieja, pero el arquitecto no estaba dispuesto a dejar en pie lo que consideraba un adefesio, dicho todo, naturalmente, con buenas palabras. Cuando ya se habían resignado a seguir viviendo como antes, recibieron una llamada de Meier que parecía querer parlamentar sobre el asunto. Hubo reunión y en ella Meier aseguró que haría la nueva casa sin derribar la antigua…y en el mismo sitio.

La propuesta intrigó sobremanera a los Maidman. ¿Cómo se podía hacer eso? Meier se explicó: La nueva casa sería como un traje de novia que recubriría el cuerpo de la antigua. ¿Aceptaría Dagny? Dagny aceptó.

Para empezar, Meier eligió una esquina que daba a la orilla del mar, para elevar una chimenea igual que la de Smith House. A partir de ese punto, fueron elevándose las paredes blancas, de momento sin hueco alguno. El abrazo del oso dejaba literalmente emparedada la casa anterior, de manera que solo la techumbre a dos aguas quedaba visible desde un helicóptero. Las operaciones de cirugía interna transformaron los espacios a gusto de todos. Los muros externos fueron adoptando un movimiento armónico de connotaciones pictóricas. Los antiguos muebles fueron trasladados a otras casas o vendidos. Meier se encargó personalmente de la decoración.

Cuando el interior quedó resuelto, Meier introdujo dos elementos diferenciadores: 1) unos alargamientos curvilíneos de ambas paredes laterales que parecen tocas de monjas… y 2) un tobogán. El tobogán de Dagny. Es a la vez un toque lúdico y una salida de emergencia.

Cuarenta años después, cabe imaginarlos a los cuatro, dejándose caer, entre risas y miedos, por aquel tobogán en la inauguración de la casa renacida.

El rojo corresponde al buzón de la Smith House

Capítulo VI

Al recordar mi entrada en la Smith House me sorprende lo escaso de mi equipaje. Puede decirse que no tenía nada mío. Ni libros, ni discos, ni raquetas, ni instrumentos musicales, ni radios, ni televisiones, ni cámara fotográfica, ni cartera de documentos, ni esquíes, ni gabardinas, ni bufandas, ni guantes, ni zapatillas de correr…

Un momento. Tenía unas botas de vaquero azules, las fotos de Margaret Bourke-White y un disco que me llevé de su casa

(con permiso de los proscritos) que es el que ponía todo el tiempo y que correspondía a la 3º sinfonía de Joachim Raff, esa que recibe el apodo forestal de *Im Walde*. Era, como todos, de vinilo y junto con *Leonora,* compartía mis descubrimientos musicales en América. Aun así, Bárbara consideró insuficiente el repertorio y recomendó añadir: *Chicago, Santana, Carole King, Emy Lou Harris, Carly Simon, Aretha Franklin* y otros que no recuerdo.

Nada de aquella música me hacía recordar la lejana Europa, pero he de admitir que algunas canciones venían muy a propósito en las horas bajas. Había días en que me quedaba tiempo mirando los cristales mientras la bruma ocultaba las aguas de Long Island Sound y Carole King y su piano hablaban de "demasiada lluvia". *If anyone ask you how I am…Just say I'm doing fine, 'cause I'm doing the best I can*.

Llegó un momento en que el oráculo me dijo que ya estaba bien de baladas y sugirió espaciar el ronroneo sentimental. Hubo una excepción a la censura: era un disco regalo de mi amiga la señorita Marjorie, que deberá ser presentada en breve. El disco contenía canciones israelíes que resultaron agradables a una casa donde algo tenían que decir los espíritus de los ancestros de Richard Meier. La cantante se llamaba Iva Zanichi. Una de las canciones acababa diciendo *Non scordati di me* y fue censurada, pero el resto del álbum, titulado *Shalom*, no tuvo problemas.

Un objeto que me apresuré a adquirir fue la cámara de fotos. Era una Kodak Pocket *Instamatic,* del tamaño de una pastilla de jabón que se cargaba con unos cartuchos enanos, muy fácilmente. Con esa cámara hice las fotos que aparecen en estas páginas. Las hice para enviarlas a la madre de mis hijos, junto con tres billetes de avión. Luego sólo mandé una, la de los gansos, y los tres billetes Copenhague Nueva York, que eché al correo como quien

tira al mar una botella con un mensaje dentro. El mensaje decía "Los gansos y yo os esperamos".

Con los billetes volvieron los recuerdos de los últimos días en Wimbledon. La negativa de Lene a irse a vivir a Estados Unidos. La casa de Lake Road vacía. Los regresos de la oficina en coche desde Euston Road. Por necesidad tenía que cruzar un puente que hay en el barrio de Fulham. Una tarde, antes de pasarlo, advertí en la acera de la izquierda una joven con faldas largas como las de Lene, que me hacía señal de auto stop. Su aspecto me hacía pensar en la gitana Esmeralda de *Notre Dame*.

Aquel atuendo me traía malos recuerdos, pero quizás por eso paré y ella se sentó en el asiento de atrás. También vivía en una comuna. Como yo estaba bastante harto de todo le pregunté si me admitirían. La petición le hizo gracia y quiso saber los motivos. Cuando supo algo más sobre mí, me dijo que mejor no.

Algo más tarde se acercó un poco al asiento de delante y aclaró que era mejor para los niños que me fuese a Estados Unidos. "Puede que tengas razón", le dije. Cuando ya faltaba poco para llegar le pregunté si quería ver cómo vivía yo. Estuvo unos segundos pensándolo y luego respondió. "Haré algo mejor. Te regalo este libro".

Como el autor era ruso, la novela transcurría en Rusia. Esmeralda debió pensar que yo daba el perfil del protagonista. Empezaba con que se quería suicidar, arrojándose al Volga. Unos minutos antes de consumar su decisión observó un letrero en una casa anunciando los servicios de un brujo, o un mago, para almas atribuladas. El suicida le contó los motivos por los que prefería dejar de vivir, que ciertamente no eran pocos, y se lamentaba de

haber tomado la peor de las decisiones cada vez que la vida le había ofrecido varias opciones en encrucijadas de caminos muy diferentes. Uno de los primeros capítulos termina con que el brujo hace las brujerías necesarias para que el suicida pueda tener una segunda oportunidad, volviendo a nacer, pero sabiendo las consecuencias de cada decisión antes de tomar cualquiera de ellas.

En el capítulo último, el suicida vuelve a querer matarse porque ha repetido las mismas decisiones, esta vez con otra clase de argumentos. El más repetido es el de que la decisión errónea no era la primera, sino la segunda, y cuando llega el momento de la segunda no era la segunda sino la tercera y así…indefinidamente.

En fin, el libro me gustó, pero no me convenció del todo. Si acaso, me hizo más consciente de que la libertad de movimientos es algo que compartimos las criaturas, aunque la del caracol y la del cangrejo tengan limitaciones diferentes a la de los humanos y éstos a la de las aves, dentro de que cada uno puede ir a donde le plazca.

Y luego estaba la cuestión del azar. El azar como liberación del destino. La novela de Ouspensky me parecía demasiado determinista. En cambio, las consecuencias de decisiones triviales tomadas, no sólo por nosotros, también por personas que no podrían sospechar la relevancia de un pequeño acto suyo en la vida de otros, era algo que yo había experimentado y que me producía una sensación como de juego.

Sentado frente a una pequeña mesita, redonda, blanca, de un solo pie, mirando por encima de la playa, con los ojos semicerrados, me decía que yo no estaría allí, en esa casa y en esa silla, de no haber sido por la fascinación que un señor belga sentía por los percebes de Galicia.

Vivía el magnate en La Hulpe, lugar privilegiado del mundo, no lejos de Bruselas y era un gourmet donde los haya. Todos los años viajaba con su mujer y dos hijas a comer percebes y encargar que se los mandasen por avión los meses en que necesariamente tenía que vivir en su país. El origen de la pasión de Mr. Neukens se remontaba al año en 1950, cuando el coche "mercedes" en que viajaba en Galicia con su mujer e hijas, se encontró frente a frente con un camión en medio de un estrecho puente. Creyó el belga que el camionero accedería a recular para dejarle pasar, pero no fue así. Se bajaron ambos de las cabalgaduras y la discusión terminó con la invitación del camionero a los cuatro belgas a que probasen la suculencia de los extraños seres que habitan en las rocas más sacudidas de Finisterre.

En su país, Neukens sentía que no había sabido corresponder al camionero. Para tranquilizarse, buscaba españoles, los que fueran, para agasajarlos. Uno de éstos, a su vez, era un estudiante de la Facultad que, cuando volvió a España, abrumado por la hospitalidad de la familia en la Hulpe, padecía el mismo sentimiento de culpabilidad sin culpa.

En 1953 tres amigos, dos y yo, estábamos planeando en una mesa del bar de la Facultad un viaje, en Seat 600, a Dinamarca, para respirar un poco de aire nórdico. El estudiante de la Hulpe, que había escuchado nuestra conversación en una mesa contigua, se acercó a contarnos su peripecia en la casa de Neukens y pedirnos por favor que le llevásemos un queso manchego de su parte.

El viaje quedó inmortalizado en el diario de uno de los tres, que no era yo. Allí se cuenta todo, pero lo que importa es que antes de partir de Bélgica, los Neukens nos dieron señas en

Dinamarca. Una de las hijas, Claire, había hecho intercambio con una familia danesa y se ofrecía a escribirles anunciando nuestra visita. Así conocimos a los Gram y a sus hijas Marianne y Lene.

Pasado un año, en la misma Facultad, un compañero casi desconocido se me acercó para hacerme una curiosa oferta. Había logrado una beca en la Universidad de Copenhague. Una beca de intercambio entre Universidades. El danés ya estaba en España, pero en el último momento, los padres del español se opusieron a dejarlo vivir nueve meses en país tan poco católico. Como no quería quedar mal en Asuntos Exteriores, proponía que me presentase en las oficinas del Ministerio pidiendo desesperadamente una beca para Dinamarca. Estaba seguro, decía, que me la darían a condición de que me fuera inmediatamente.

De manera que los percebes por un lado y el fanatismo religioso, por otro, fueron los responsables de la parte nórdica en mi vida.

El Chevy Montecarlo cruzando el puente de Contentment Island

Capítulo VII

Llevaba yo varios días maquinando el sacrificio inminente del Chevy Montecarlo en aras de una mejor adecuación a los gustos de mis desconocidos vecinos de Contentment Island, cuando un maravilloso acontecimiento vino en su socorro y aseguró su permanencia en mi compañía.

La resistencia que el mar había opuesto a mis deseos de congraciarme con sus aguas y ser bienvenido en ellas, hizo que

volviera la vista a tierra, conformándome con espacios más familiares y acogedores. Impregnado del propósito de apreciar lo que se tiene a mano en lugar de perseguir lo escurridizo y esquivo, le pedí a mi coche me llevase donde quisiera, siempre que no fuera a la oficina, porque, además, era sábado.

Fairfield County es un bosque, y las carreteras son como paseos dentro de un parque. En otoño los árboles parecen cuadros de pintor principiante en los que se hubieran usado todos los tubos del estuche. En invierno no queda una hoja y sólo recuperan la belleza perdida cuando nieva. Entonces el color blanco sustituye o representa a todos los otros, como hubiera dicho Meier. A veces nieva demasiado, se rompen las ramas, caen los árboles más viejos y se corta la luz. Cada cual tiene que arreglárselas para quitar la nieve de su parcela, algo que resulta ser más penoso de lo que pudiera parecer a los no iniciados.

El coche siguió su instinto y me condujo tierra adentro, atravesando bosques y cruzando las dos autopistas, con tanta dedicación que empezó a preocuparme. Pasada una media hora dejaron de verse árboles y entramos en una región más civilizada, de prados y olmos, que me recordaba el paisaje inglés. La carretera era estrecha, nos habíamos perdido y era hora de intentar volver. Pero teníamos delante tres coches y no había manera de pasarlos. En una zona muy despejada, aminoraron el ritmo. Aquella cautela me intrigó un poco. Uno tras otro, iban torciendo a la izquierda, abandonando la carretera en una desviación semioculta. En la misma esquina, una tabla clavada en forma de T anunciaba “Caramoor”. Supuse que se trataba de un restaurante rural y seguí la pista del último de los coches que nos precedían. Llegamos a un hermoso prado, del tamaño de una plaza, y vi que los tres coches se alineaban y paraban sus motores. Al fondo, una

imponente arcada de corte florentino se dibujaba contra el azul del cielo sin otra utilidad aparente que no fuera llamar la atención.

Nada más bajarme del coche, en el otro extremo del horizonte visual, surgió rodeada de árboles la estampa de una villa romana, que también podría haberse tomado por un convento español. Al estar tan fuera de su entorno natural, aquella severa mole con sus tejas rojas y piedras mediterráneas producía una sensación de irrealidad.

Los ocupantes de los coches se dirigieron a la entrada del recinto, ocasión que aproveché para hacer como que venía con ellos, pero alguien me detuvo con un gesto decidido, educado y casi obsequioso

Ese alguien era inglés y gustaba de parecerlo: foulard de seda al cuello, chaqueta de ante, zapatones brillantes, pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Me hizo pasar a la oficina junto al portón, me ofreció asiento y se sentó tras de la mesa de despacho. "¿Viene a hacerse socio protector?" Una hoja de papel, a modo de diploma, me convirtió en miembro fundador de Caramoor (25 $ al año) que precisamente en aquellas fechas de 1971 empezaba a estar abierto al público.

Desde la gran entrada, lo primero que se veía era un patio con aspecto de claustro, con columnas y pasillos en los cuatro lados. Era el *Spanish Courtyard*, donde se celebraban los conciertos de cámara. En uno de los costados se veía un piano de cola "grand", momentáneamente enfundado. En torno a este patio estaban las habitaciones y salones principales. Cada una de ellas era un museo con muebles, cuadros, telas, relojes y cortinas traídos de Italia, Francia o España, conformes al espíritu de la

mansión, que era fuertemente meridional. La excepción china, que algunos juzgaban discordante, no lo era tanto, si se recuerda la afición de reyes y aristócratas al *coin chinoi*s.

El comedor se componía de una larga mesa de madera oscura con un sinfín de sillas a cada lado y sobre las mismas un techo artesonado. En los extremos de la mesa había dos sillones con las patas un poco más altas, según una costumbre europea de la época, para dar un plus de visibilidad a los anfitriones. El conjunto provenía de un palacio en Toledo.

Uno de los dormitorios guardaba una cama donde se decía que había pernoctado Napoleón. Otra habitación, importada íntegramente, habría pertenecido al papa Bonifacio VIII. Unas puertas elegantes se atribuían a la casa de los *Capuletti*, en Verona. Todo era así, un tanto surrealista, no en sentido peyorativo, sino queriendo decir que parecía soñado.

En un rincón de la Sala de Música percibí un curioso artefacto, parecido a una radio de las antiguas. Mi acompañante me explicó que era un instrumento musical de nombre Teremín. Bastaba ponerse enfrente y mover las manos como hacen los directores de orquesta y el teremín respondía (siempre que estuviese enchufado) a cada gesto con un sonido musical, semejante al violonchelo. Lo había inventado un ruso de vida compleja y errabunda. Se llamaba León Termen, era experto en electrónica, y tuvo tres esposas, la segunda en América. Cuando estalló la Segunda Guerra mundial los rusos lo raptaron y le mantuvieron en arresto domiciliario para que inventase todo lo que se le ocurriese. Un día pidió un escultor para que hiciera una talla de madera con el águila y el escudo de los Estados Unidos. El objeto fue colocado en la embajada americana como regalo de Rusia a un país amigo. Durante años estuvo transmitiendo

conversaciones a los rusos. Finalmente, los americanos lo descubrieron e hicieron una película de espías.

Termen había caído en gracia a los Rosen, quienes lo protegieron con apoyo moral y con dinero. El teremín estaba allí porque la difunta señora de la casa se había distinguido como concertista de este instrumento en ciudades importantes. Logró que compositores escribiesen partituras para ella.

Se llamaba Lucia Bilgelow, antes de casarse con Walter Rosen y de tener dos hijos: Walter y Ann. Los Rosen perdieron a Walter en la Segunda Guerra mundial. Ann era la única superviviente y se la podía ver muy activa en Caramoor, ocupada en dar vida a la Fundación de sus padres.

Su padre, el fundador de Caramoor, fue un emigrante alemán, que arribó a Nueva York en los años 1920 y se dio a conocer como abogado en un despacho relacionado con propiedades inmobiliarias. De ahí pasó a trabajar en un banco y convertirse en banquero rico. Acumulaba más de lo que podía guardar en la casa de Nueva York. Necesitado de espacio, acudió a un antiguo socio para que le buscase una ganga residencial lo más grande posible y no muy lejos. De esta forma descubrieron Katohna. Walter acudió a ver la propiedad, cuyo dueño estaba casado con Caroline Moore, de donde viene lo de Caramoor.

A Walter no le gustaron los edificios, pero la finca le pareció excelente, bien arbolada y luminosa. Tiraría las casas y construiría la villa de sus sueños, una mansión como algunas de las que había admirado en Italia.

A partir de la crisis del 29, Walter empezó a ver aquellas paredes con ojos más comprensivos. Caramoor se salvó de la

piqueta. Los sueños florentinos dieron fruto en un teatro de ópera al aire libre, compuesto por arcos cuya silueta había advertido yo sin adivinar su utilidad.

Lucia invitaba a músicos visitantes de paso en Manhattan a pernoctar en Caramoor quienes apreciaban la hospitalidad de los Rosen. Entre ellos hubo algunos eminentes, como Artur Rubinstein y Bruno Walter (pude comprobar esta costumbre en sucesivas visitas, sentado al lado de un caballero con chaqueta blanca, que escuchaba tocar el piano a Alicia de Larrocha y cuyo rostro pertenecía a Leonard Bernstein). Los invitados de Lucia eran atendidos como príncipes o princesas, cenando, durmiendo en cualquiera de las ocho habitaciones y desayunando encantados de Caramoor. A veces correspondían con un concierto exclusivo para personas tan melómanas como yo mismo.

Mientras escuchaba las explicaciones de mi amigo inglés, de las cocinas llegaba un aroma interesante. Me di por enterado de lo que era Caramoor y regresamos a la puerta de entrada.

En el viaje de vuelta a Contentment Island me abstuve de comentar estos sucesos admirables con mi coche, pero una vez llegados a Tokeneke, lo metí en el garaje y dándole unas palmaditas en el lomo, le dije que no se preocupase ya más.

Antes de acostarme, me entretuve pensando en Caramoor. El *Espíritu de la Contradicción* revoloteaba por la parte alta de la Smith House, verdadera antítesis de Caramoor. ¿Eran Meier y Rosen así de opuestos? Rosen murió antes de que Meier construyese nada, pero es fácil adivinar que la casa de sus sueños, esa que nunca llegó a construir, no se la hubiera confiado a Meier ni siquiera de forma gratuita.

Rosen, como Goethe, soñaba con “ese país donde florece el limonero” y Richard Meier, también como Goethe, demandaba “luz, más luz”.

Y yo entendía a ambos, tan incapaz de decidir como el asno de Buridan.

Foto composición desde Los Palcos

Capítulo VIII

Cuando dije que yo no tenía nada mío, más que mis trajes y zapatos, se me olvidó que sí tenía una regla de cálculo y un libro. La regla de cálculo era cilíndrica, construida en forma de telescopio, y me la había regalado en Londres un viejecito de la empresa, que se apellidaba Ballard.

Era un objeto muy raro. Tenía de ventaja sobre cualquier regla de cálculo convencional que las marcas se enroscaban en espiral en cada tramo del cilindro, de manera que equivalían a una regla diez veces más larga, lo que daba mayor precisión.

En 1971 aún no había calculadoras de bolsillo. Para sumar y restar tenía una especie de cajita que se accionaba con un pincho de metal, algo mayor que un palillo de dientes. ¿Para qué necesitaba yo la regla y la sumadora? Mejor contar la historia desde el principio, con su componente de *serendipity.*

Allá por los años treinta vivía en Nueva York un hijo de emigrantes suecos, de nombre Chester Carlson, que había logrado colocarse en una oficina de patentes, pese a no tener ninguna formación jurídica. Vivía con aprietos económicos, pero no perdía comba de lo que ocurría en la oficina y de cómo algunos se habían hecho ricos con sus inventos. Sabía algo de física, pero en la empresa se valoraba más el conocimiento de las leyes, por lo que decidió matricularse en la Universidad y logró la licenciatura en 1936.

Dice la tradición que un día, Chet (así le llamaba su mujer) se sintió intrigado por algo que había ocurrido en su cocina. Al limpiar, ella había frotado con fuerza una placa de metal adyacente a los fogones, él luego había dejado el periódico y ella algún cacharro encima del periódico. Al retirar el cacharro y luego el periódico, Chet notó que algunos polvos de la tinta habían pasado del papel al metal y se habían quedado semi adheridos. Aquello parecía el negativo de una fotografía.

Otro que no fuera Chest no hubiera reparado en aquel doméstico suceso, pero en la mente de Chest se quedaron grabadas las líneas del periódico por más tiempo que en la placa de la cocina. Durante varios días el recuerdo de la placa impresa pugnaba por alumbrar un nuevo concepto de transmisión de imágenes. Sabía que él solo no era capaz de convertir aquello en un proceso patentable porque faltaba la mitad de la idea: ¿Cómo hacer que volviese la imagen de la placa al papel? Momento en el

que entra en escena otro emigrante, casi recién llegado a Nueva York, un alemán huido de los nazis, de nombre Otto.

Chet no podía dejar el trabajo, pero Otto no tenía nada que hacer. Con el dinero de Chet se pusieron a buscar una habitación barata que tuviese agua luz y gas, para poder funcionar como un laboratorio. Por fin encontraron una en Astoria, Long Island, encima de un bar. Otto trabajaría allí a sueldo de Chet.

Se sabe que fue el veintidós de octubre de 1938, el día en que Otto llamó a Chet para mostrarle lo que era capaz de hacer. Otto se había procurado una placa de zinc recubierta de azufre. Luego tomo un cristal de los que usan para observar objetos bajo el microscopio y escribió con tinta en el cristal: 10-22-38 ASTORIA. Después Otto frotó con fuerza la plancha de zinc y entre los dos apagaron las luces y cerraron las ventanas. Entonces aplicaron un fuerte haz de luz, usando una lámpara fluorescente. Volvieron a abrir las ventanas, retiraron el cristal y espolvorearon sobre la plancha de zinc polvo de licopodio. Esperaron un par de segundos y soplaron sobre la placa, despareció el polvo, y quedaron unas partículas que decían claramente: 10-22-38 ASTORIA. Finalmente, Otto sacó de un cajón una hoja de papel impregnada de una fina capa de cera. La colocó sobre la placa de zinc y con una simple plancha aplicaron calor. El papel se quedó con la fecha grabada. Otto y Chet se abrazaron y bajaron al bar a celebrarlo.

Durante los seis meses siguientes Otto se dedicó a construir un prototipo que sirviese para demostrar el invento a empresarios. A nadie interesó.

Empezó la Segunda Guerra mundial, Chet despidió a Otto, y patentó el proceso a su nombre. Pasaron cuatro años. Chet seguía visitando empresas y no convencía a ninguna.

En 1925, Gordon Batelle había heredado una gran fortuna de sus padres, propietarios de una importante siderurgia de Ohio. En una desgraciada operación de apendicitis perdió la vida. Al abrir su testamento se pudo leer que donaba lo necesario para ayudar a inventores jóvenes. Chet hizo el viaje de Nueva York a Ohio y esta vez logró que le escuchasen.

Hay una ciudad al norte de Nueva York donde la mayor parte de la población trabajaba en aquellos años para una sola empresa, dedicada a la fotografía. Los pocos que no trabajaban para ella, eran proveedores o estaban relacionados de cualquier otra forma. En 1947, Chet creyó oportuno ofrecérselo a dicha empresa. Nada de nada. Sin embargo, la noticia llegó a conocimiento de una firma, que estaba al borde de la quiebra y que decidió apostar a una última carta.

Al principio pensaron en hacer una cámara fotográfica que eliminase la necesidad del papel filmado. Este primer producto tenía la desventaja de que sólo servía para fotografiar objetos muy planos y estáticos, limitación que lo hacía casi inútil. Alguien, no se sabe quién, pensó que el único objeto con dos dimensiones en lugar de tres era el papel y que la máquina serviría mejor para copiar documentos. Aquella idea cambió por completo el diseño del producto. En lugar de un artefacto voluminoso y de aspecto variopinto, propio de un estudio fotográfico, se sustituyó por una consola compacta.

Tardaron cinco años más en presentar el resultado de la transformación. Casi todos los empleados se hicieron ricos. No

tanto por los sueldos que cobraban como por comprar sistemáticamente las acciones que se iban emitiendo en cada ampliación de capital. Tanto dinero les llovió, que muchos pudieron dedicarse a crear sus propios negocios en actividades muy diversas, algunas tan diferentes como la escuela de modelos para alta costura de mi amigo Elmer Humes. A partir de 1960, en aquella ciudad de Nueva York no se trabajaba sólo para una empresa sino para dos: la de El enigma me recordaban los dilemas de Ouspensky. Encomendé la tarea a modelos matemáticos creados por mí donde hacer valer las variables más influyentes y observar sus reacciones a pequeños cambios. Para asegurarme de los resultados y no verme sorprendido por mis elucubraciones más complejas, me venía muy bien la regla cilíndrica de Ballard y la sumadora con su pincho de metal.

El edificio de las oficinas empezó a parecerme pequeño, y algo ridículo

Capitulo IX

Aparte del presidente, Archibaldo, que se limitaba a decidir, dominaban el pensamiento de la empresa tres personas. Desde el punto de vista técnico, prevalecían las admoniciones de un judío eslovaco muy inteligente, de nombre Paul Strassman, que se explayaba sobre el futuro tecnológico de las comunicaciones en el mundo de los negocios. Según Paul S. el papel tenía los días

contados. Nos encaminábamos a una sociedad sin papel. Para enfatizarlo, en su amplio despacho no había mesa ni papeles; sólo un ordenador personal primitivo y varias sillas. Paul S. abogaba por comprar empresas con patentes interesantes. Convenció al presidente para que invirtiese sumas importantes en unos magníficos laboratorios en California, lugar ideal para estar al corriente de las últimas tendencias. Varios descubrimientos celebrados en todo el mundo, como el ordenador personal, pasaron por aquellos laboratorios o fueron adquiridos, aunque Xerox no se supiera luego sacar partido y se dejaran escapar las ocasiones.

El negocio principal seguía siendo el de las copiadoras. En esto, quien decía la última palabra era un vicepresidente con experiencia en el negocio de multicopistas y cuyo mayor interés parecía consistir en apropiarse ese mercado, convencido como estaba del "efecto sustitución". Teoría, por cierto, bastante miope, según la cual, por ejemplo, el número máximo posible de automóviles vendría definido por el universo estadístico de coches de caballos. Esta persona se llamaba Bill Souders, su mujer: Barbara y ambos eran muy amables.

Finalmente, en la vertiente financiera se imponían las opiniones de un joven reservado y ambicioso que había sido virrey de Xerox en Europa, y que retornaría a Connecticut con varias medallas por los excelentes resultados económicos. Su nombre: Paul Allaire y su fuerte: la capacidad para entenderse con los analistas financieros externos. De puertas para adentro Allaire se oponía a cualquier intento de reducir los precios.

La verdad es que yo no estaba de acuerdo con ninguno de los tres. No creía en la s*ociedad sin papel* de Strassman, tampoco creía en el *efecto sustitución* de Souders y estaba en contra de la inmutabilidad de precios que Allaire defendía, basándome en que

la demanda de copias era muy elástica, que nuestros precios eran ridículamente altos y que, al restringir el negocio, lo hacían vulnerable a largo plazo.

Mi primer nombramiento internacional fue, precisamente, como *Controller* de política de precios. Pero no llegué a tomar posesión de él, porque Allaire lo cambió por otro más importante, pero más inocuo desde su punto de vista. Se me confió la introducción de nuevos productos y la dirección del servicio técnico en Europa. La vertiente técnica no me interesaba, pero el lanzamiento de nuevos productos volvió darme la oportunidad de insistir en la trazabilidad de los cambios de máquinas, y la importancia de un catálogo de productos sin resquicios para la competencia en cuanto a prestaciones, condiciones de contratación y precios.

Pasados dos años en Londres, Joe Flavin, presidente de la parte internacional de Xerox, me invitó a formar parte de su reducido equipo de colaboradores en Connecticut. Cuando llegué a Estados Unidos, observé que Xerox, como empresa, tenía envidia de IBM, cuyo estilo y maneras constituían un ejemplo que se procuraba imitar siempre que hubiera ocasión para ello. El hipnotismo era evidente y hasta gracioso. Una forma de pleitesía era el interés por contratar directivos de la empresa admirada.

Joe Flavin tenía el don de hacerse querer en lo personal sin ceder un ápice en lo profesional. Era curiosa su tenacidad en lograr que sus subordinados le presentásemos como propias propuestas que en realidad eran las suyas. Con el transcurrir de los meses, Flavin se mostró decepcionado con mi falta de agresividad, y también con la propia Xerox. Fue el primero de los vicepresidentes que la abandonó, sin duda temiendo un futuro

poco favorable. Tomó el gobierno de la vetusta empresa de máquinas de coser Singer y la convirtió en una excelente empresa aeroespacial. A partir de su marcha, la división internacional quedó anulada y toda la planificación se unificó bajo otro directivo procedente de IBM: mi apreciado Donald Pendery.

Pendery también tenía ideas propias divergentes de la ortodoxia rampante, si bien no mostraba excesivo interés en defenderlas, salvo en conversaciones sin trascendencia. Parecía darme a entender que el modo óptimo de desenvolverse en una multinacional no es muy distinto del que conviene si se es miembro de una orden religiosa.

Así transcurrió una buena temporada que podría llamar de continuismo feliz. Aquella manera de actuar no tenía en cuenta el hecho inminente y discontinuo de la pérdida del monopolio, que amenazaba como nubes el agradable calor en primavera. Se sabía que ocurriría en un plazo que ya afectaba a los planes estratégicos, pero nadie parecía querer darse cuenta. Yo esperaba en vano alguna señal que me permitiese abrir ese melón, como se decía entonces: "that issue". A bordo de la nave empresarial la orquesta seguía tocando y el barco no corregía su rumbo hacia la ruta de los icebergs.

Intenté tranquilizar mis temores con las teorías de Paul Strassmann que auguraban una *Paperless Society*. ¿Había otra luz que yo no veía bien? Instintivamente, y para mis adentros, empecé a culpar a los demás. Al fin y al cabo, me decía, yo sólo era responsable en un segundo nivel, pues la responsabilidad última era de mi jefe Donald Pendery.

Pero no era fácil. Una prueba de las ilusiones defensivas de Xerox era su devoción por el alquiler y su rechazo a la idea de

vender sus máquinas. Tenía su lógica, pero con fecha de caducidad. Si alguien inventase una máquina de fabricar perlas a partir de granos de arroz y con la ventaja de que no pudiesen distinguirse de la originales, haría bien en vender las perlas en lugar de la máquina…mientras durase la patente.

Pero había otra razón, menos evidente y más preocupante, que explicaba la predilección de Xerox por el alquiler. Las copiadoras, fabricadas en Rochester y en Inglaterra, eran demasiado caras. Y lo eran sencillamente porque, mientras no hubiese competencia, el coste de fabricación era irrelevante. Paradójicamente, el elevado coste de los productos fabricados por nosotros beneficiaba los activos de la Compañía.

Ergo, cuando caducase la patente, la predilección por el alquiler dejaría de tener sentido y la falta de idoneidad de las fábricas de Rochester y Mitcheldean para competir en coste quedarían al descubierto, como rocas en marea baja.

Esta realidad se iba haciendo más evidente a los analistas financieros externos que a los directivos de la compañía. Las acciones empezaron a bajar de forma preocupante y luego casi en picado. Bastantes veteranos de la época de Chet dejaron de ser millonarios al no saber desprenderse de ellas a tiempo y pasaron a depender únicamente de su sueldo.

Visto con la perspectiva de los años, uno casi comprende lo ocurrido. El Consejo de Administración se mostraba impotente ante la enormidad de los intereses creados. Por una parte, estaba la magnífica concentración de talento en California, integrada por jóvenes científicos que despreciaban a las multinacionales, incluida la propia Xerox. Ellos pensaban en soluciones a

problemas mientras que en Nueva Inglaterra se creía que estaban generando productos Xerox. La distancia sicológica era semejante a la geográfica entre Palo Alto y Connecticut.

El segundo núcleo de intereses creados eran las fábricas de Monroe County, ligadas políticamente a los sindicatos y a los políticos de Nueva York. La capacidad de los empresarios de Rochester y lo brillante de su ejecutoria desde el fin de la segunda guerra mundial, los hacía alérgicos a la autocrítica.

Y el tercer grupo de intereses creados era la excelente organización comercial, verdaderos caballeros andantes, cuyos méritos estaban magnificados por la lupa benéfica del monopolio. Cuando llegasen, si acaso llegaban, los productos personales, la fuerza de ventas tendría que conformarse con un protagonismo menos glorioso.

En esas cavilaciones estaba yo, viviendo confortablemente en la Smith House, cuando el *objeto misterioso* de Meier consideró oportuno manifestarse. Las preguntas que me hizo eran sencillas: "¿Por qué estás aquí?" "¿No te sientes obligado a exponer más fuertemente tu opinión, arrostrando las consecuencias?". Tras estas andanadas del oráculo de Meier, mi paz interior se vio perturbada. De la perplejidad y la impotencia pasé a alojar un sentimiento de culpabilidad. Solo hice un amago de justificación preguntando: "¿Y cómo?"

No hubo respuesta.

Los gansos bañándose y el cristal reflejando la mesita blanca

Capítulo X

Los días siguientes a mi descubrimiento de la quilla llovió bastante. Y cuando dejó de llover, el viento ocupó el lugar de la lluvia en un intento claro de disuadirme. No lo lograron. Cada vez que entraba yo en el garaje no podía evitar la visión de la quilla, visión turbadora en extremo, y que tenía al poco agraciado garaje como testigo incomprensivo.

Finalmente, los elementos dejaron de interponerse entre la Smith House y el embarcadero y una mañana de sábado, con la quilla entre el brazo y la cadera, bajé a enfrentarme con el velero por segunda vez.

Estaba claro donde tenía que ponerla: en el medio. Encajaba perfectamente. Así que podía regresar al garaje, coger el palo y la vela y continuar los preparativos con más confianza. Un detalle podrá dar idea de la magnitud de mi aplomo. Tras haber aparejado el navío con tanta parsimonia, subí a la cocina y en una cajita de plástico introduje dos sándwiches, preparados la noche anterior, y, juntamente con dos latas de cerveza, fueron depositados en una esquina del barco. Antes de salir miré a todos lados para asegurarme que no había nadie (y en especial la policía marítima, tan atenta) que presenciase mis movimientos. No lo había.

Repitiendo los movimientos de la vez anterior el barquito debería ponerse en marcha, pensé yo. Y pensé bien. Una sensación de gran bienestar vino a invadirme al comprobar con qué suavidad se desplazaba en dirección desconocida, pero constante. A un lado, dos islitas minúsculas se convirtieron en objetos a evitar, si bien yo nada hacía por interferir en las intenciones de la embarcación. Pasado el primer pasmo, creí poder dar mi opinión sobre el rumbo a seguir y moví la caña a un lado.

La maniobra surtía efecto y el barco parecía obedecer sin reticencias. Ello me animó a tratar de decidir el rumbo, pero esta vez el barco se negó completamente. La vela se agitaba convulsa ante el conflicto de pareceres y acabó tomando partido por el barco. Nos quedamos parados.

Parecía como si el enfado pudiese durar eternamente, lo que me condenaba a un segundo rescate por parte de la policía del mar,

pero la rabieta se les pasó enseguida y el barco y la vela se pusieron de acuerdo en seguir navegando, siempre que yo no pretendiera inmiscuirme en sus preferencias.

Así nos fuimos alejando, no podría decir por cuánto tiempo. Sí recuerdo que, al ver algo pequeña la Smith House, me acometió el temor de no saber cómo volver. Mis atisbos de pilotaje con la caña produjeron el mismo penoso resultado: obediencia y más rapidez al principio y negativa rotunda a secundar la orden, inmediatamente después. El barco se comportaba como ciertos burros, que por alguna razón tienen aversión a un sitio y no hay quien les haga pasar por allí. Echan las patas para adelante y hay que resignarse.

Otra vez parados, pero ésta más lejos. La Smith House en la distancia aparecía como un lugar muy deseable por más motivos que de costumbre. Mi instinto me decía que, de seguir sujetando el cabo de la vela, nada iba a cambiar sustancialmente, por lo que decidí soltarlo y esperar acontecimientos. Pensé en la cajita de los sándwiches y las cervezas, piezas claves de un frugal almuerzo que debía infundirme sensación de normalidad, al menos mientras durasen.

No fue necesario porque al acercarme a coger la bolsa tuve la percepción de que el barco estaba girando. Nada de sándwiches ni de cerveza. Esperar y observar. Sin regla de cálculo, a ojo, podía adivinarse que de seguir las cosas así el barco se habría dado la vuelta él sólo. Los barcos tienen su lógica, distinta de la nuestra; es cuestión de irse acostumbrando. Yo empecé a acostumbrarme en aquel momento, esperando a que diera la vuelta completa. Y cuando la Smith House quedó delante de la proa como ciervo en la mira de un fusil, retomé el cabo suelto de la vela, así la caña y

eché una mirada hacia arriba en busca de un poquito de complicidad. El pequeño velero se inclinó a sotavento y muy lentamente inició la vuelta al hogar, mientras, con la respiración contenida, no pude evitar una sonrisa nerviosa, que procuré no trascendiera, por si era mal interpretada.

De la misma forma que los pilotos perciben la pista de aterrizaje en dimensiones cada vez más coincidentes a como la ven los que están en tierra, así la casa se iba haciendo más grande a cada instante. Las dos islitas quedaron a un costado y el barco entró en la pequeña caleta. ¿Para qué estropearlo todo intentando un atraque de fortuna en el embarcadero? Mejor dejar que el navío siguiera hacia el medio de la playa, soltar el cabo un poco antes y esperar el ansiado golpe contra la arena.

Sano y salvo, por mis propios medios había ido y había vuelto. Ahora sólo tenía que empujar el barco un poco contra el agua, y llevarlo de las riendas a su sitio de siempre, atarlo bien atado, enrollar la vela en torno al palo, recoger mi cajita de sándwiches, mis cervezas y volver a la Smith House a comerlos tranquilamente.

Marj en el sofá original elegido por Meier, hoy reemplazado

Capítulo XI

A alguien le tenía que contar mi (segundo) bautismo de agua y ese alguien fue mi amiga Marjorie, que vivía en un pueblo que se llamaba y se sigue llamando Mystic. Es un pueblo marinero, de cazadores de ballenas y pescadores de bacalao. El nombre le va bien, pero en realidad no tiene nada que ver con el misticismo. Es

un nombre indio y, como pienso hablar de los indios en otro capítulo, aquí vuelvo a Marjorie.

Prefería que la llamasen Marj. La había conocido en Londres, después de que mi mujer huyera a Copenhague, y, como una reserva de posible afecto, guardase su dirección de Connecticut. Viéndola era muy difícil imaginar que pudiese tener problema alguno. No lo tenía. Pero ella creía tener muchos. Lo de los problemas es algo subjetivo, ciertamente. Pensé que podía interesarle la novela de Ouspensky, pero preferí no dejarla el libro, recordando el pesimismo que destilan sus páginas.

Era difícil que Marj mostrase entusiasmo por nada. Me dijo por teléfono que enhorabuena por el paseo en barco y aprovechó para preguntar cuando pensaba ir por allí. Le sugerí que tal vez ella desease darse una vuelta por el ancho mar y tomar unos sándwiches y unas cervezas con la seguridad de que iba a poder volver a tierra. Cambió de conversación.

En vista de que Marj no mostraba mucho interés, conté lo sucedido con el barco a Thérèse mi secretaria, quien escuchó con la atención de siempre y afán de saber qué le correspondía hacer a ella. En este caso comprendió que nada, excepto, quizás, dejar entrever un breve destello de admiración. Sugirió que me convendría recibir algunas clases de perfeccionamiento. Sin negarme del todo, di a entender que tenía vocación de autodidacta. Entonces me dio el nombre de una librería en Westport donde podría encontrar un manual con consejos para principiantes.

Thérèse era muy lista y perspicaz. Dejó pasar unos días para preguntarme si había encontrado algún libro interesante. Lo había hecho pero el libro era demasiado técnico y todo lo complicaba mucho, en mi opinión. Entonces Thérèse me habló de Beate

Jensen, que trabajaba también en la empresa y era amiga suya. Beate Jensen era obviamente de origen nórdico, y, como casi todos los suecos, sabía navegar a vela. La idea de Thérèse era que Beate fuese a la Smith House con un velero que podía poner en la baca de su Volvo, un *station wagon*.

Lo del Volvo familiar fue determinante y quedamos en ensayar esta alternativa a los libros. Beate vino sola, con todo lo anterior. Algo más alta que yo, entre la pieza de arriba y de abajo de su bañador había un torso largo y esbelto, de esos que pintan los modistos y uno cree imposible que existan en la realidad. Bajamos el velero del coche y lo portamos por encima de nuestras cabezas, como indios que llevasen una canoa, hasta dejarlo en la arena de la playa. Luego volvimos al coche, a por el mástil, vela, botavara y, desde luego: quilla.

Beate J. tenía mucha paciencia y la sonrisa fácil. Primero se metió resueltamente en al agua arrastrando tras de sí el velero, al que llamaba "laser". Se sentó encima como al borde de una cama (los "laser" no tienen borda*)* y luego se volvió para subir las piernas formando una especie de N invertida en que una punta fuera la cabeza y la otra los pies. Clavó la quilla cuando hubo profundidad y acto seguido desapareció como un rayo, saludando. Me pasé la mano por la frente, respiré hondo, y repetí el saludo sin convencimiento. Aquella demostración me desalentó completamente.

Vale. Tres horas después, la pobre Beate estaba agotada, sentada en una roca, agitando la mano ya sin fuerzas. En cambio, yo estaba encantado. El "laser" me obedecía como un caballo domado y yo repetía una y otra vez las mismas viradas, para que Beate viera lo bien que había aprendido sus lecciones.

En un extremo de la playa, el velero de los Smith pretendía mostrarse ajeno a nuestra actividad. Me temí que estuviese almacenando resentimiento. Había que no dejar que eso ocurriera. Di por terminadas mis lecciones con un casto beso en la frente de mi profesora. E inmediatamente le dije que me esperase un minuto mientras subía a la casa a por provisiones. La idea era tranquilizar al velero de los Smith mostrando algo de afecto. Ella llevaría la caña mientras yo ofrecería a Beate unos sándwiches y un vaso de vino. Los mismos sándwiches y el mismo vino que Marj no había sabido aceptar.

Cuando estábamos ya bastante lejos de la Smith House pasó cerca de nosotros la lancha de la policía marítima, y los dos agentes nos saludaron atentamente. Como yo me sintiese algo aludido por tanto saludo, Beate me tranquilizó diciendo que en el mar se saluda mucho y que los que no responden no son verdaderos marineros.

El lunes Térèse ya sabía todo lo que había pasado y se mostraba orgullosa. Releyendo el libro que compré por su indicación algunas cosas empezaban a tener más sentido. Otras seguían siendo ininteligibles. Lo más difícil era saber por qué las velas mueven los barcos. Como el libro estaba escrito para gente con prisa y pocos conocimientos de aerodinámica, me quedé con una explicación que no he vuelto a oír nunca y no sé si tiene algún fundamento.

Decía el libro: “Tómese en una mano una pastilla de jabón un poco gastada ya. Mójese en agua y a continuación hágase fuerza con la mano presionándola entre la palma y los dedos. Ambas fuerzas oprimirán la pobre pastilla, sin dejarla moverse, hasta que se escurre por donde menos se espera. Que sea por un lado u otro, depende de la forma de la pastilla. También en los

barcos, al sufrir la vela presión por ambas caras, la vela no sabe cómo reaccionar y acaba empujando el barco en un sentido que no parece tener en cuenta la dirección del viento que recibe".

De todos modos, lo útil no era saber el por qué, sino el cómo. Hay algo en el movimiento del barco por la acción de las velas que nos acerca al vuelo de las aves o de los ángeles. Tal vez sea el silencio, o el silbido del aire o el rumor de las olas que asemeja un batir de alas. A diferencia del empujón por detrás que propinan las hélices, el impulso de las velas viene de arriba, viene del aire y toma al barco como un Polifemo que pusiera sus rudos dedos sobre una barquilla para hacerla moverse en el agua.

Cosas así iba yo pensando, cuando semanas más tarde me aventuré a llegar hasta las orillas del río Saugatuk. Conmigo llevaba el libro de rutas de la costa de Long Island, porque sus aguas son someras y conviene conocer las boyas que marcan las entradas y salidas. Para llegar a Saugatuk se precisa dejar a babor el pueblo marinero de Rowayton, donde se los restaurantes ofrecen buenos cangrejos y langostas.

Navegando ya por el río Saugatuk, descubrí un embarcadero que se adentraba mucho en el agua, buscando profundidad, y terminaba en una especie de caseta de techo picudo, con barandillas a cada lado para ver los barcos pasar, y una escalerilla de unos doce peldaños para comunicarse con las embarcaciones. En la guía, el sitio estaba señalizado como *Pier Way landing* y me pareció que no causaba mal a nadie atracando frente a la escalerilla y subiendo a la caseta. De esa manera ponía un cierto sentido finalista al paseo y podía decirme a la vuelta "He ido hasta Pier Way landing".

Poco podía imaginar entonces que después de vivir en la Smith House, mi siguiente cobijo sería la Van Rensselaer House, con su embarcadero para salir a navegar y volver diciendo: “He ido hasta la Smith House”.

Ella no pidió nada

Capitulo XII

La idea de mandar tres billetes de avión no sirvió para nada. En la primera visita a mis hijos pude averiguar que su madre había canjeado los billetes por dinero para contribuir a los gastos de la comuna. Tampoco dejaba que me visitasen en América porque su abogada le aconsejaba que no lo hiciera, ya que las leyes

americanas podían hacer que no pudiera reclamarlos, una vez en territorio estadounidense. Así que era yo quien acudía a verlos en Dinamarca. Los recogía en la comuna y me los llevaba a comer en un restaurante, antes de adentrarnos en los parques. Observaba cómo iban creciendo y me impresionaba, sobre todo, el modo protector de Lars hacia el pequeño David. En aquellos encuentros yo sentía grandes deseos de hablarles de la Smith House. Al igual que Richard Meier había diseñado un tobogán para Dagny, así también yo tenía claro que las habitaciones de la planta alta de la Smith House eran para ellos. Pero como no estaba seguro de poder convertir ese sueño en realidad, me contentaba con gozar de su compañía y que al volver a la comuna hablasen solamente de lo bien que lo habían pasado conmigo.

En el viaje de vuelta a América, me sumía en pensamientos sobre el origen de mi desventura, que yo situaba en un día concreto, antes de conocer a su madre. Una llamada telefónica a cierta ursulina había turbado mis pensamientos durante años. "Siento decirte que me caso", fue cuanto me respondió. Hasta ese momento yo había columbrado la convicción de que mi vida solo tenía algún sentido si el que se casaba con ella era yo y, por el contrario, se trataba de un error de la Naturaleza, si prefería a otro.

Después de siete años de aquel funesto aviso, ¿era la mía una vida vacua? No del todo. Cada acontecimiento, bueno o malo, se encadenaba al siguiente, también bueno o malo, de manera que, si eliminabas los malos, también desaparecían los buenos. Como en la extraña vida de Iván Osokin, sin los desdenes de la ingrata no habría Lars, ni David, ni yo estaría viviendo en la Smith House. Si…pero.

Solitario en la casa Smith, a veces meditaba frente a la chimenea, fijándome en la extraña pieza que Meier había colocado, como adorno compensatorio de tanta blancura. Parecía africana, como recuerdo de un viaje. Yo la consideraba un objeto de culto, una representación de la semilla, siempre impura, de la belleza que la rodeaba. También podía ser un oráculo como los bronces indios de la casa del mago ruso. "Todo puede hacerse retroceder, pero de nada servirá".

Retroceder…Recordaba mi excitación al subir al piso donde la ursulina vivía en 1952, llamar al timbre y encontrarme con su madre sin saber qué decirle. Me sonrió, me dio una foto de su hija y me acompañó suavemente a la puerta.

Los tres billetes inútiles ofrecían curiosas semejanzas con aquella fotografía. El oráculo de la Smith House era menos pesimista que el mago ruso. "Todo puede hacerse retroceder" -me dijo- "y el azar decide unas veces a favor y otras en contra, pero nunca es lo mismo". Su respuesta me alertó. Había que volver al punto decisivo de mi vida anterior y situarme allí de nuevo, de manera que el azar pudiera encontrar la oportunidad de intervenir.

Casi veinte años más tarde volví al piso y volví a ver a su madre. Me dijo que el matrimonio no iba bien y dejó caer algunas noticias de su hija, entre ellas que acudiría a un congreso de farmacéuticos en Tel Aviv.

De vuelta a la Smith House, el oráculo no parecía sentirse culpable. Mientras unos leños se consumían de forma fatua bajo su peana me atreví a insinuarle que Ouspensky tenía bastante razón. "Todo puede hacerse retroceder, pero de nada servirá". No se

inmutó. Elevé el tono: "¡De nada ha servido, maligno! ¿me escuchas?"

"Tal vez deberías sacar otro billete" fue su contestación.

…….

Aterrizó el avión en Tel Aviv y entraron en la cabina varios soldados que procedieron a pedir documentos antes de autorizar el desembarco. Pedí al taxista que me llevase a un hotel céntrico. El congreso estaba en su tercer día. Allí me informaron del hotel donde se alojaban los españoles. Acudí al punto y entablé conversación con el conserje. Efectivamente ella dormía allí, pero pasaba todo el día ausente. Al parecer bien acompañada por un catedrático de la Universidad de Tel Aviv, que la recogía y devolvía al hotel.

En la habitación del mío medité sobre lo ilusorio de mis impulsos, cada vez que intentaba un acercamiento. Quedaba el consuelo de presentarme ante ella, decirle la verdad y despedirme. A la hora del desayuno del día siguiente aparecí en el comedor de su hotel. Le conté por qué estaba allí, sin rodeos. "Lo siento, pero hoy viene un profesor a buscarme". "¿Y no puedes dejarlo?" "Va a enseñarme la ciudad y estoy invitada a su casa" "Voy con vosotros, di que soy tu hermano" Su mirada me recordó la de su madre, veinte años antes.

Él hablaba mientras conducía un Volkswagen escarabajo, amarillo; ella miraba mucho por la ventanilla de la derecha y yo iba detrás, un poco echado hacia adelante para verla de perfil.

La casa del catedrático era de una sola planta, a las afueras. Tenía una terraza cubierta, a ras de suelo, con una mesa y sillas donde sin duda íbamos a comer, protegidos por un pasamanos a modo de baranda. Su mujer estaba de mal humor, en parte por

tener un invitado inesperado y en parte por tener una invitada indeseada. Se levantó para ir a la cocina y un minuto después yo hice lo mismo. Fue un acto instintivo y los dos sentimos que habíamos puesto un poco de acidez en la dulzura del momento que vivían los otros dos.

Con un poco más de igualdad, el almuerzo fue agradable para todos. La sobremesa, sin embargo, parecía el acto tercero de una comedia a la que faltaba el cuarto para saber cómo iba a terminar. Se suponía que el profesor devolvería los dos hermanos a su hotel. Pero, a mí, ese final me resultaba inaceptable, y, de pronto me levanté mirando el reloj y dije en español: "Nos tenemos que ir". Los anfitriones se volvieron hacia ella, extrañados, buscando traducción. La cogí de la mano repitiendo "Nos tenemos que ir. ¡Vámonos o llegaremos tarde!".

No recuerdo cómo, yo iba conduciendo un coche alquilado y ella me miraba divertida. Aquello, parece ser, le hacía mucha gracia. No paraba de reír por cualquier cosa. Yo, que había empezado sin ver el lado cómico, empecé a contagiarme. "¿A dónde vamos?" me preguntó. "No sé" contesté, "Creo que al lago Tiberíades, donde los milagros". Sonrisa. "O al monte Carmelo, por la noche oscura del alma". Silencio.

Junto al lago nos encontramos con españoles del Congreso, que hacían turismo y nos escabullimos de su mirada…suponíamos que la habrían echado de menos en las reuniones. Luego coincidimos también en Jerusalén, en Haifa, en Jericó, en el Mar Muerto y en Belén. Verlos tan obedientes, mientras escuchaban, nos producía hilaridad porque imaginábamos que algunos estarían comentando la extraña desaparición de la farmacéutica favorecida por el catedrático. Frente al muro de las Lamentaciones me atreví

a escribir en un papel una sugerencia para mi futuro. Ella no quiso pedir nada.

Días más tarde estábamos en Roma, en un apartamento cuyas llaves, mi amigo de Rank Xerox, Luigi Pellegrini, había accedido a prestarme, emulando a Jack Lemon. Llovía estrepitosamente en la vecina Piazza del Popolo. *Too much rain falling*; había anticipado Carole King en 1968. *Non scordarti di me;* repetía Iva Zanichi, a la vuelta de Israel. ¿Habían sido premoniciones de la Smith House?

A mi regreso de aquel éxodo, corto y tan largo, el oráculo de Meier me observaba atentamente. ¿Qué tal? parecía inquirir, aunque no necesitaba respuesta. ¿Qué tal? pregunté yo, algo cohibido. La extraña figura parecía mirar hacia arriba y volví la cabeza. ¿Vuelves solo? Cerré los ojos. La imagen de Lars, con su brazo alrededor del hombro de su hermano, protegiéndolo, se interpuso e hizo esfumarse la visión.

El Buen Espíritu de la Contradicción, vigilante

Capítulo XIII

Tumbado en la arena de la playa de la Smith House me vino a la mente el nombre indio de la diminuta isla donde vivía yo: Tokeneke. Y luego, como las uvas de un racimo, surgían otros tantos nombres que seguían vivos en los carteles de las carreteras y *turnpykes,* tales como Mamaronek, Saugatuck, Massachussets,

Connecticut, Narraganset, Mystik, Niantic, Cockenoes, Katonah, Naugatuck, Shippan…

Mirando al cielo de Tokeneke, se me ocurrió pensar que allí mismo, pero tres siglos antes, tuvo que estar, tan horizontal como yo, un indio pacífico y soñador, viendo las mismas rocas y árboles parecidos. Un indio de piel algo rojiza que perteneciese a la tribu de los Kinipiac o de los Munsis. Tal vez el mismo Tokeneke, aquel recordado jefe o *sachem,* de origen incierto.

Tampoco está claro por qué el Darien de Connecticut se llamó Darien. Se sabe quién eligió el nombre: un tal Tadeo Bell. Tadeo se hizo querer de sus vecinos al lograr en 1820 que la localidad se independizase del dominio de Stamford. La liga de mujeres agradecidas propuso que el nuevo municipio se llamase Bell. No quiso la modestia del benefactor aceptar el honor y sugirió el nombre de Darien en recuerdo de alguna experiencia agradable que debió tener en aquel lugar del istmo de Panamá. Desde entonces la versión oficial es que el nombre Darien se eligió simplemente porque "sonaba bien". Habría sido más justo dejar que todo el distrito y no sólo las islitas, se llamase Tokeneke, aunque fuese por sinécdoque.

Volviendo al indio que imaginé en la playa de la Smith House, su presencia allí sería más probable en la estación calurosa que en los fríos inviernos de Connecticut (Konectucat). Los Matabasic eran indios migratorios, como mis amigos los gansos, que acudían a la costa a veranear y se internaban en los bosques cuando llegaban las nieves. No eran los únicos indios del país del "Rio Largo", significado de Konectucat. Lo compartían con los Pequot, los Masachusetts, los Narragansett, los Mohicanos y otros. Una tribu de la nación Matabasic, los Kinipiac, ocupaba la parte de Konectucat más cercana a Nueva York, sin llegar al mismo

Manhattan donde se encontraba otra tribu llamada, curiosamente, los Esopos.

Se suele clasificar a los pueblos primitivos según sean agricultores o cazadores. Los Kinipiac eran agricultores en verano y cazadores en invierno. Como agricultores demostraban pericia y experiencia de siglos. No sólo labraban, sino que también abonaban las tierras con residuos de pescado. Cultivaban sobre todo maíz, pero también alcachofas, habas, calabazas y tabaco.

Las mujeres podían ocuparse del campo, menos del tabaco estaba reservado a los hombres. Para no tener que andar escardando, sembraban las habas junto a las cañas de maíz que se enrollaban en sus troncos y así superaban las malas hierbas. Del maíz sabían hacer pan y mezclaban su harina con nueces y avellanas. De postre tomaban frambuesas y moras. En verano el plato principal era el pescado, unas veces de río, como el salmón, y otras de mar, como la lubina porque sabían hacer canoas de troncos de árbol y conocían el uso de redes.

En invierno recurrían a cepos como la manera más sencilla de cazar, aunque también usaban arcos y flechas. Sus presas consistían en ciervos, alces, conejos, ardillas, mapaches, castores y nutrias. Vestían con las pieles de lo que cazaban. También usaban los cueros para separar espacios y hacer más confortables las viviendas.

Las casas de los Kinipiacs eran redondas. Su manera de construirlas era ir poniendo unas estacas verticales siguiendo la forma de un círculo, y cuando ya estaba formada la empalizada fijaban en lo alto de las paredes unos troncos flexibles y los hacían doblarse formando una bóveda al confluir en un punto central.

Cuando el techo ya estaba bien asegurado, procedían a recortar un hueco en el punto más alto. Ese hueco servía de salida a la chimenea de la cocina, donde asaban.

En fin, tenían un modo de vida tranquilo y no exento de diversiones y pequeños lujos. Conocían el cobre y gustaban de adornarse. Su moneda consistía en conchas de mar especialmente elegidas, cuyo valor como accesorio de belleza era muy apreciado.

Antes de la llegada del hombre blanco, los indios de Konetucat sólo temían de verdad al gigante Mauschop. Esta figura terrorífica era el culpable de las desgracias y las enfermedades. Menos mal que para hacer frente a Mauschop había otro gigante, este bondadoso, al que llamaban Jobomock. Todo lo bueno provenía de Jobomock: era él quien les había enseñado las artes de pescar y los utensilios para la labranza. En caso de necesidad se recomendaba solicitar la ayuda de Jobomock, a quien complacía el humo de cierta especie de tabaco sagrado.

Los Kinipiacs tenían una casta sacerdotal formada por guerreros más valientes que el resto, y que recibían su complemento de valor directamente del espíritu "Atronador". Los llamaban "Servidores del Trueno".

Mientras el indio de Tokeneke acudía a bañarse con sus padres a la misma playa donde yo lo imaginaba, una pareja de ingleses y su hijo navegaba rumbo a Holanda, huida de la justicia. Dicen sus descendientes, sin probarlo, que por haber participado en el complot del marqués de Essex para derribar a la Reina. Más probable es que fuera por haber criticado, como tantos puritanos, la corrupción de la Iglesia de Inglaterra.

Murió el padre en Holanda y el hijo se casó con una holandesa que se llamaba Heylken, o sea: Helena. Cuando

llegaron como emigrantes a América en 1629, Helena todavía no sabía hablar inglés. El marido, que se llamaba John, de apellido Underhill, encontró empleo como instructor de milicias, debido a que había aprendido algo de las artes militares cuando intentó alistarse en el ejército de Guillermo de Orange, sin lograr pasar de cadete. Su trabajo en Nuevo Ámsterdam consistía en capturar bandidos o ladrones huidos. A cambio tenía derecho a una vivienda, le pagaban su manutención, y le dejaban autodenominarse "Capitán de milicias". Nueva Inglaterra estaba entonces siendo ocupada por colonos ingleses y por colonos holandeses. Underhill se sentía medio inglés medio holandés, lo que le permitía traicionar a unos y a otros, sin traicionarse a sí mismo.

Casi al mismo tiempo otro puritano inglés, llamado Thomas Hooker fue procesado en Inglaterra por sus sermones intolerantes y llamado a declarar a un tribunal de la Corte. En lugar de acudir a la cita escapó a Rotterdam. En aquel puerto, se acercó a la fragata *Griffin* y tomó un pasaje sin retorno para América.

Hooker consiguió establecerse como pastor de una parroquia de la Colonia de la Bahía de Massachusetts. Pero sus opiniones le hacían incompatible con el reglamento de la Colonia. Uno de los jueces más influyentes, John Cotton, lo vio con malos ojos y Thomas Hooker consideró prudente retirarse a otra zona, no sin llevarse consigo un colectivo de fieles que apreciaban sus enseñanzas.

En 1636, Thomas Hooker y sus cien discípulos fundaron la Colonia de Connecticut en un punto del mapa que decidieron llamar Hartford, nombre que pidió Samuel Stone, cura compañero y vecino del Hartford inglés.

Un inconveniente para los recién llegados era la presencia de indios en el mismo sitio elegido por ellos, indios que se creían con derecho a vivir en aquellas tierras.

Ese mismo año de 1636 un barco mercante había tenido dificultades a la entrada de Long Island y, al observarlo desde la costa, varios indígenas abordaron el barco y mataron a toda la tripulación. Salió de Hartford una expedición de castigo que se ensañó con otra tribu que nada tenía que ver con los culpables, salvo la sospecha de haberlos dado asilo. En represalia, una partida de Pequots decidió tomarse la justicia por su cuenta y atacó un campamento de blancos en el río Connecticut, matando a seis colonos y tres mujeres.

Aparece entonces en la Historia la figura de John Mason, otro emigrante, que había llegado tres años antes desde Inglaterra. Al igual que John Underhill, supo poner en valor sus conocimientos tácticos ante los congregados de las Colonias, quienes se servían de ellos como reclutadores de milicianos y jefes en operaciones de castigo.

En mayo de 1637, la Asamblea de Hartford encargó a John Mason y a John Underhill el exterminio de los indios de Connecticut. Concluida la misión, en Hartford los puritanos entonaban himnos religiosos de acción de gracias (origen del *thanksgiving*) pero Underhill y Mason advirtieron que, mientras el caudillo Sasacus siguiese vivo, los indios podrían reagruparse y volver a exigir sus derechos.

Huyendo de sus perseguidores los Pequots se refugiaron en las tierras cenagosas de Sasco, donde fueron rodeados y eliminados, como proclama una lápida orgullosa. Aquella persecución terminó en septiembre de 1638 con el edicto de

Hartford por el cual los restantes indios supervivientes eran expulsados de Connecticut y debían emigrar a otros estados en un plazo de un mes.

A partir de aquel momento histórico, Connecticut se tornó tan blanca y anglosajona como las casas de Richard Meier.

El paisaje se metía dentro de la casa

Capítulo XIV

Tendrían que pasar tres años de felicidad, con un *minus* de mala conciencia, antes de que me decidiera a dar el paso.

Entre las subsidiarias que acudían a presentar sus planes, se encontraba Fuji Xerox, una sociedad japonesa creada juntamente por el gigante nipón de la fotografía Fuji Photo. Lo hacía como parte del grupo internacional, cumpliendo caballerosamente las

directrices y aceptando los supuestos macroeconómicos fijados por mí. En realidad, dependía más de Fuji que de Xerox, y sólo le interesaba participar para conocer nuestra opinión y los planes de las demás divisiones de Xerox.

El equipo encargado de hacer la presentación nipona lo encabezaba siempre el mismo joven ejecutivo, emparentado con los principales accionistas de su país, de nombre Tony (Yotaro) Kobayashi. Era afable, serio y hablaba lentamente. Vigilaba a los presentadores del plan y adivinaba mis pensamientos. Tal vez por ello, me atreví a pedirle algo que no debió cogerlo por sorpresa. Le dije, "Tony amigo ¿Crees que podrías averiguar los planes de fabricación de las empresas (y aquí sus nombres japoneses) y mandármelos por correo?". Me dijo que sí como los japoneses sí, significando solamente que han entendido tu petición.

Pasaron meses y no recibí nada de Tony, lo cual achaqué a un comprensible patriotismo. Así hasta el año siguiente, en que volvió a presentarse en Stamford. Los directivos japoneses, en general, temen ser vistos en falta o descuido, por lo que en aquella ocasión Tony estaba más amable que nunca; dirigió la presentación del plan con los cuatro o cinco ejecutivos que le acompañaban y al terminar se acercó a mí con un paquete bastante grueso. Me lo entregó con una sonrisa y añadió: "Luis, estos datos son públicos. Puedes utilizarlos como gustes". Pensé que si eran públicos no serían muy interesantes, pero le agradecí el haberse acordado.

Ya en mi despacho, vi que el sobre contenía unos listados del Ministerio de Industria y Tecnología (el famoso MITI) donde aparecían con gran detalle las previsiones de cada una de las empresas preocupantes, incluida la proyección en metros cuadrados de nuevas plantas. Aquellos documentos me dieron el

plus de fuerza que necesitaba para salir de mi ostracismo adivinatorio y responder, aunque con retraso, a las mudas reconvenciones del oráculo.

Permanece en mi mente la mañana soleada en que me vi ante un auditorio bastante numeroso que había sido convocado para escuchar algo que yo tenía que decir. Entre los asistentes estaba William F. Souders, quien entonces ya ejercía la máxima autoridad operativa, y de quien ya dijimos sus preferencias por *grandes* máquinas, vendidas a g*rande*s empresas, y a cambio de *grandes* facturas.

Todo lo contrario de lo que iba a oír. La presentación, como todas las presentaciones en una multinacional suponía una oportunidad para el que hablaba, pero también un riesgo. Evité mencionar conceptos económicos como la elasticidad de la demanda y la importancia de los costes de producción, lo cual ante ingenieros y matemáticos era descender a zonas donde reinaban la opinión y los prejuicios. Utilicé terminología militar, como si estuviese hablando a generales y personas del servicio de inteligencia. A pesar de la penumbra, con la luz que se derramaba desde la pantalla pude ver que las caras reflejaban una dosis perceptible de pasmo.

Me serví de los documentos de Tony Kobayashi con las previsiones sobre las fábricas que se estaban construyendo en Japón, mostrando en pantalla los sellos de autenticidad. Pasé de los metros cuadrados a las estimaciones con respecto al número de máquinas que saldrían de allí, al mes, al año, al quinquenio y en adelante. Descontado el efecto en nuestra empresa de Japón, el resto necesariamente tendría que ir a la exportación. Lo negativo

del impacto en nuestros mercados se apreciaba a partir del quinto año, durante los diez siguientes.

A continuación, expuse mi opinión sobre cómo ocurriría. Las nuevas máquinas serían instaladas en lugares marginales, eligiendo nuestros clientes más rentables. Esas instalaciones, aparentemente inocuas, serían el virus que lentamente iría drenando la base de nuestro negocio. Sugería yo que la mejor estrategia contra un virus era vacunarse con ese mismo virus, y terminaba diciendo que no se precisaban grandes cambios. Bastaba con aprovechar la vía Fuji Xerox, y fabricar en Japón. Resumiendo, había que conseguir que, cuando los competidores ofreciesen esa clase de productos pequeños, sencillos, fiables y baratos a nuestros clientes, dicha opción ya estuviera en nuestro catálogo y en igualdad de condiciones.

Puede advertir el lector mi incapacidad para evitar el silogismo: a) premisa principal: las listas de fábricas japonesas traducidas en número de máquinas b) premisa secundaria: el virus en nuestros clientes c) conclusión: vacuna japonesa anticuerpos.

La propuesta no podía ser más incómoda porque los japoneses seguían siendo vistos con recelo. Lo de Pearl Harbor no estaba completamente olvidado. Los ojos de algunos de los oyentes miraban de soslayo a Bill Souders, con el fin de adaptarse a su reacción. Bill no dejaba evidenciar sus pensamientos durante una presentación. Pero debió juzgar el asunto lo suficientemente serio como para que no cupiera duda alguna. Mientras yo hablaba, los giros de su cabeza fueron bastante expresivos.

La presentación había fracasado. A partir de entonces mi reputación en la empresa se nubló con un tamiz anodino, que conducía a la indiferencia y el olvido. También recuerdo que, en

contra de lo que cabía esperar, me sentía liberado y contento. Había dicho lo que creía y de la mejor manera posible. A lo Carole King: ‘c*ause I’m doing the best I can.*

Cierto que, después, permanecí un tiempo en Xerox, pero sigo creyendo que decir aquella mañana lo que pensaba tuvo algo que ver con las encrucijadas de Ouspensky y no menos trascendencia que los percebes de Neukens.

Unos directivos de Olivetti querían ver la casa y me llamarían

Capítulo XV

Las fotos pobladas con amigas están puestas en estas páginas para asegurarme de que efectivamente estuve allí. Fotos de la Smith House a secas hay multitud en libros y revistas y es fácil el acceso a ellas. Éstas son diferentes. Marj está subida en el sofá blanco y colgada de la pared aparece visible una de las piezas

de adorno que seleccionó Richard Meier. Bárbara está fumando junto a la chimenea ya encendida.

No siempre estuve en perfectas condiciones allí dentro. Una vez entré en una farmacia a comprar algo para el catarro. En una esquina había una estantería con unos frasquitos de muchos colores que parecían contener mermeladas. Ya más cerca del muestrario vi que cada color tenía su razón de ser porque eran vitaminas y no todas iguales. De un extremo de la repisa más alta colgaba un librito que explicaba las ventajas de cada vitamina. Lo leí con gran atención porque, menos una, todas las demás estaban fabricadas pensando en mí. Solo la que decía mejorar la función óptica me pareció innecesaria. huesos, piel, nervios, sangre, uñas, grasa, cabello, fuerza muscular, y demás atributos…todo lo mío era mejorable. Me felicité por la suerte de haber encontrado aquel arsenal y me compré todos los frascos.

Era difícil establecer el orden de consumo. Me parecían igual de interesantes, en especial el frasco que afectaba a la permanencia del cabello. Incapaz de decidir una secuencia, opté por tragarme varias pastillas de cada frasco.

Fue muy contraproducente. Estuve en cama un par de días. No era posible encontrar un nombre adecuado para tal dolencia sin tener que explicar a Thérèse mi error por teléfono. De manera que no tuve más remedio que decir la verdad. Y no llamé a nadie para que me hiciese algo de compañía. Me curé yo solo en aquella preciosa casa, lo cual podría, tal vez, ser indicio de que no había perdido la esperanza de ver a Lene sentada en el sofá blanco.

Habrían pasado cinco o seis meses de mi llegada a la Smith House cuando recibí una llamada telefónica de Frederick Smith, mi casero. Después de preguntarme cómo estaba yo, me pidió que

atendiera a unos clientes de Richard Meier, que querían ver la casa y que me llamarían ese mismo día. La idea de participar, aunque fuese de manera tan indirecta y desinteresada, en el negocio de Meier & Partners me impulsó a preparar bien la visita, asegurando el aspecto de cada habitación y pensando lo que iba a decir, sin olvidar el humilde garaje. Yo imaginaba que vendría una pareja…o tal vez una pareja y algunos niños.

A la hora prevista llegó un coche con cuatro hombres vestidos de oscuro y aspecto de inspectores de hacienda o algo aún más intimidante. Eran ejecutivos de Olivetti. No eran muy habladores. ¿Estarían buscando casa para alguien importante de la empresa? Pensé que, si no preguntaban nada, lo mejor era dejarles merodear y esperar a que se fueran.

Antes de despedirme y con el fin de romper un poco el hielo les pregunté si Olivetti estaba preparando alguna calculadora electrónica. Debí dar en el clavo porque sus rostros se relajaron bastante y me dijeron que efectivamente ya habían presentado una en Italia y pronto saldrían más.

Años después me enteré de que Meier había diseñado un edificio de dormitorios para alumnos de un Centro de Entrenamiento de Olivetti en Nueva York. Parece que Olivetti, como empresa italiana, daba al diseño más importancia de lo que era entonces habitual en las multinacionales. Su centro de entrenamiento en Europa lo confió al conocido arquitecto inglés James Stirling. Tanto Stirling como Meier son premios Pritzker de arquitectura.

Creo que Meier influyó en el gusto a las multinacionales por cobijar sus directivos en edificios de mérito. En cierto modo, la

contribución de los cuarteles generales de negocios al progreso de la arquitectura, tanto en diseño como en materiales, tiene algo en común con el impulso histórico que supuso la erección de mezquitas, monasterios y catedrales. También los autores de palacios y museos fueron patrocinados por reyes y nobles.

Lo que, en mi opinión, distingue a este arquitecto de Nueva Jersey es la circunstancia de que su obra más perfecta, la que la da la fama y define un estilo mil veces imitado, no son sus grandes oficinas, museos, y palacios de oligarcas, sino la humilde y solitaria casa de cuatro dormitorios y un baño y medio de Contentment Island. Su primera y definitiva obra de arte.

Salió y ya no volvió más, ni siquiera a recoger sus cosas

Capítulo XVI

Después del episodio del capítulo XIV, a alguien puede ocurrírsele preguntar cómo le fue a Xerox y a cada uno de los personajes mencionados. Digamos que la empresa siguió con su estrategia aristocrática, desdeñando los productos de uso individual y ajena al espectacular desarrollo de los domésticos. Siguió fabricando en Estados Unidos, Inglaterra y Holanda hasta

hace pocos años, en que se dignó producir en China los elementos consumibles de impresión. Para contrarrestar los elevados costes de I+D se impuso austeridad a la división internacional. Como era de prever, la nave no solo desembarcó carga inútil, sino que en algunos puertos se quedó lo mejor de la marinería. La factoría de ideas de California continuaba proporcionando inventos sensacionales, como la impresión por *láser*, o el sistema de ventanas, que daría lugar a Windows, y a Word. Pero la comunicación entre ambas costas dentro de la empresa seguía siendo un diálogo de sordos, en el que los ganadores fueron los investigadores, quienes, una vez desarrolladas las tecnologías con los copiosos fondos de Xerox, emigraban a empresas más despiertas y ágiles.

Los japoneses vendieron muchas más máquinas de las que yo había pronosticado en la presentación a Souders, pero la política de productos caros para espacios de gran consumo siguió prevaleciendo. La *Sociedad sin Papel* profetizada por Paul Strassman en 1965, llegaría por fin en 1984, pactó con la *Sociedad con Papel* y ambas pasaron de largo por las puertas entreabiertas de Xerox, sumida en sus propias contradicciones.

En cuanto a las personas: Paul Strassman, tras de influir para que Xerox invirtiese millones en adquirir la empresa con los ordenadores más potentes del mundo, hubo de presenciar cómo era vendida a un precio mucho menor. Divergencias con otros directivos le llevaron a pedir la jubilación anticipada. Escribió un libro contando sus experiencias donde comenta casi como espectador decisiones en las que tuvo un papel no tan pasivo. Hoy es un autor de éxito, entre cuyos libros se encuentra *Los Ordenadores que nadie quería. Mis años en Xerox (2009.)* También publicó uno autobiográfico donde narra su odisea para

escapar de los nazis, justo antes del comienzo de la Segunda Guerra mundial.

Bill Souders, que sin duda esperaba llegar a presidente de Xerox, tampoco supo esperar y aceptó la presidencia de otra empresa, dedicada a logística y transporte.

Archie Mccardell, Archibaldo, consciente de que los mejores tiempos de Xerox habían pasado, aceptó ser presidente de una empresa constructora de camiones que estaba en dificultades, cómo no, por lo elevado de los costes de producción. Era un desafío muy arriesgado, compensado con honorarios superlativos. Impuso medidas correctoras impopulares y los empleados fueron a la huelga que pedían sus sindicatos. La pugna que se entabló duró meses y meses, hasta que el daño fue tan excesivo que la empresa dejó de existir.

Paul Allaire consiguió sobrevivir a varias reorganizaciones, contemplar a la partida de algunos directivos, para finalmente tomar el control absoluto de la empresa. Ya como presidente, no pudo detener la decadencia, aunque sí retrasarla lo más posible. En un esfuerzo por hacer parecer que la situación no era tan grave como pensaban los analistas financieros, no tuvo reparo en dar por buenos algunos ingresos dudosos. Acuerdos entre abogados en los pasillos de los juzgados se saldaron con fuertes multas de la S.E.C. a los consejeros de Xerox, que el Consejo accedió financiar.

Tony Kobayashi asumió la Dirección General de Fuji Xerox, una promoción que muchos dábamos por descontada.

He dejado para el final a Donald Pendery, porque el suyo entra en convergencia con el de este pequeño libro.

Todos los años Don y Joyce me felicitaban en Navidad con una carta en lugar de tarjeta, también después de volver a Europa. En ellas me informaban de cómo iban las cosas en Stamford, las actividades de Joyce en la Universidad y lo agradable de sus viajes a Paris y a Florencia. Guardo una en que Don apreciaba, sin venir a cuento, mi comportamiento y forma de gestionar la planificación.

Unas Navidades, las de1983 dejé de tener noticias suyas. Yo me dejado América convencido de que Pendery no iba a mantener las ideas que habíamos intercambiado, al saber que no eran apreciadas. De vuelta en España lo imaginaba caminando apaciblemente hacia una generosa jubilación en la amable tierra de Connecticut. Por eso, mi asombro fue mayúsculo, cuando, leyendo otro libro de Paul Strassman, con el título *Paul's Odyssey: America 1945-1985,* me topé con el párrafo siguiente, en la página 286:

> *Recordando a Donald Pendery:*
>
> *Donald Pendery, el entonces Vicepresidente de Planificación Corporativa, fue un ciudadano de Nueva Inglaterra, a la vez inteligente y severo, que no toleraba la tontería que, de manera creciente, dominaba las conversaciones en la oficina central. Yo lo admiraba muy mucho.*
>
> *En 1982, desvió su atención de la Oficina del Futuro, porque ya era una causa perdida. Vio cómo Xerox estaba sufriendo una hemorragia de liquidez y perdiendo posición en el mercado de su negocio fundamental, las copiadoras. Empezó a defender un giro sustancial en el uso de los recursos, detrayéndolos del ruinoso Grupo de Sistemas de la Información en favor del languideciente negocio de las copiadoras.*

Fue en 1983 cuando almorcé con Pendery. Venía de una reunión con David Kearns, Chief Operating Officer. El veredicto de Pendery era que Kearns era una maravillosa persona, pero con la mentalidad a corto plazo de un gerente de sucursal de IBM. Kearns confiaba en mejorar la ejecución con programas de marketing, mientras que Pendery pedía insistentemente reparar un barco que se estaba hundiendo.

Pasado un breve tiempo, Pendery se dirigió a Kearns para volver a plantear su caso. No sé lo que ocurrió, pero Pendery dimitió en el acto. No volvió a su despacho, sino que salió del edificio de las Oficinas Centrales para no regresar jamás. Ni siquiera a recoger sus pertenencias.

Poco después murió en extrañas circunstancias.

Cuando pienso en el fatalismo ruso del libro que me dejó *Esmeralda,* siento no haber podido estar con Pendery el día de su *non sequitur*. Hubiera acudido a su casa y algo se me habría ocurrido. Posiblemente le habría sugerido hacer una visita juntos a *Caramoor.* A la vuelta hablaríamos de arquitectura y delante de Joyce les habría propuesto cambiarse a una casa diseñada por Richard Meier y, sobre todo, olvidarse de Xerox. Y si nada de eso los animaba, habríamos hablado de Italia, donde "…siempre tendrían Florencia".

El embarcadero del número 12 en Pier Way Landing

Epílogo

El matrimonio de Frederick y Carole Smith se rompió demasiado pronto, en mi opinión. Debió durar por lo menos un año, dos, o tres. más. Pero las cosas son como son y una tarde yo recibí la llamada de Carole con la noticia de que se habían

separado y que ella se quedaba con la casa de Darien. Conocí a su nuevo acompañante, que estuvo amable y comprensivo diciendo que podían esperar, pero Carole ya tenía todo decidido y quería volver cuanto antes. Supe que iban a ampliar la casa para que dejase de ser una residencia de verano y poder acomodar una familia completa, con hijos por ambas partes.

Así que, vuelta al Holiday Inn. Mis amigos ingleses Jack y Liz Thomas consideraron mi nueva situación y me ofrecieron la casa del jardinero, en la residencia que tenían alquilada a Bette Davis. Esto me permitía buscar una nueva con tranquilidad y disfrutar del afecto de mis anfitriones, si bien yo era consciente de que iría disminuyendo con los días.

En asuntos de realojamiento convenía utilizar a la Compañía. Pedí que volviesen a contactar a la dama que ya sabía de mis fobias y filias. Cuando volvimos a vernos se le había pasado el mal humor de los dos años anteriores. Me preguntó si seguía queriendo una casa "contemporánea" como llaman allí a las que no son "colonial" como la mayoría. Le dije que lo más parecida a la Smith House.

Se tomó tres o cuatro días, o tal vez más, y por fin apareció en el número 1 de Crooked Road, la casa de Bette Davis. Venía con el mismo automóvil familiar de la noche de Contentment Island. Serían las seis de la tarde. No me enseñó ninguna fotografía porque dijo estar segura de que la casa me iba a encantar. Parecía que volvíamos a Darien, pero un poco antes torció siguiendo la orilla del río que los indios llamaban Saugatuck. De pronto, el coche torció a la izquierda como si fuera a meterse en el río y por un camino estrecho con un par de curvas llegamos a una casa color antracita, con aspecto de caja de madera

del tamaño de seis árboles juntos. Era el número 12 de *Pier Way Landing*, lugar que yo conocía de mis cortas travesías por mar.

Esperándonos dentro, estaba el matrimonio Van Rensselaer, que me recordaba a los Smith. También el dueño agitaba una copa de whisky en la mano. Durante la conversación de cortesía, John V.R. disertó ilusionado sobre los preparativos de un negocio de tomates algo especiales. Eran tomates que no estaban en contacto con la tierra, sino que colgaban de las paredes de una nave y se alimentaban sólo de agua. A juzgar por la casa imaginé que además tendría algún otro negocio.

Pasados los prolegómenos, me enseñaron la vivienda y he de reconocer que en algunas cosas del interior se parecía a la Smith House, aunque por fuera, en lugar de blanca era negra. Confiada en ese lejano parecido, la dama de las casas ya había adelantado a los dueños mi aceptación. Todos nos sentíamos muy satisfechos de no haber perdido el tiempo. Me invitaron a salir a la terraza. Enfrente tenía las aguas de Long Island. Y algo que me hizo volver los ojos a John Van Rensselaer. Le pregunté, señalando a un quiosco marino al fondo de una larga pasarela "¿Es parte de la casa?"

"Naturalmente", contestó sonriendo. "¿Le gusta la vela?"

Luis de Orueta

Vivir en la Smith House de Richard Meier